

APERTURA DE LA ASAMBLEA Sibiu, miércoles 5 de septiembre de 2007*

Estoy contento de poder abrir esta Tercera Asamblea Ecu­ménica Europea, junto al presidente de la Conferencia de Iglesias de Europa, el pastor Jean Arnold de Clermont. Saludo a todos y cada uno en nombre del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa. Gracias de corazón por haber aceptado la invitación a participar.

Como cristianos de Europa nos hemos puesto en camino. Hemos pensado esta nueva Asamblea como un proceso, una peregrinación europea. Nuestro camino retoma las huellas de las dos asambleas precedentes. Cuando nos encontramos en Basilea, en 1989, Europa estaba todavía dividida por un dramático muro. Rumanía, que hoy no acoge, y tantos otros países de la Europa central y oriental cargan todavía con las consecuencias de aquellos tiempos. Pero los cambios políticos y económicos acaecidos no nos han traído, naturalmente, el cielo a la tierra. Este tipo de utopía, es, por otra parte, extraño a nuestra fe cristiana, pues esperamos el encuentro de toda la humanidad con el Señor al final de los tiempos. Esto no quiere decir que no tengamos tareas concretas para hacer que el mundo sea más justo y fraterno en torno a nosotros.

* Traducción del texto original alemán por el Prof. Dr. F. Rodríguez Garrapucho.

Sobre todo, hay que decir que no se ha resuelto aún la cuestión de la justicia. En Graz, en 1997, nos encontramos de nuevo, en el contexto de una nueva Europa, que había emprendido el camino de la libertad y de la unificación. Enseguida aparecieron nuevos retos en el horizonte: la movilización de pueblos, cuya globalización no acompaña siempre el encuentro armónico entra las religiones y las culturas también en nuestro continente.

El sistema bipolar de las fuerzas del mundo parece haber cedido el puesto a la prevalencia de un poder único, hecho que requiere una responsabilidad moral del todo especial por parte del hombre occidental. Fenómenos muy nuevos son, por otra parte, la emergencia en la escena geo-política mundial de los grandes países de Asia, la justicia o injusticia a nivel internacional, la desesperación, el terrorismo, la crisis ambiental, el difundirse del secularismo, el desarrollo inaudito de las ciencias y de la técnica, en especial de la biotecnología, que pone en juego la visión misma del hombre y que necesita de una seria consideración ética. Sobre todo los valores humanos y cristianos se encuentran ante un gran reto. La Europa actual no es ya la de Basilea ni la de Graz. Ante esta nuestra Europa, que por una parte parece caminar vagabunda sin metas ni ideales, pero por otro siente cada vez más la urgencia de una nueva búsqueda de sentido, tenemos la grave responsabilidad de “dar testimonio de la luz” (Jn 1, 8). La luz que viene del “siglo de la luces” (Ilustración), y que en sus orígenes no estaba culturalmente tan separada de la herencia cristiana, que se remite de forma privilegiada a la razón científica, no es ya suficiente para nuestro camino.

Estoy convencido de que en estos días debemos tomar particularmente en serio el tema que hemos elegido para nuestra Asamblea: *La luz de Cristo ilumina a todos. Esperanza de renovación y unidad en Europa*. Este tema es profundamente bíblico, porque como leemos en el prólogo del Evangelio de san Juan: “la luz verdadera, que ilumina a todo hombre, viene a este mundo” (Jn 1, 9). Por esto se canta justamente en la liturgia oriental: “La luz de Cristo es luz para todos”. Nuestra contribución al éxito del encuentro de Sibiu dependerá de nuestra capacidad de leer las diversas cuestiones que afrontaremos mediante la luz que viene del Evangelio. Es decir, debemos alzar nuestra cabeza, porque como

cristianos, hemos recibido la luz de Cristo en el bautismo. Pero debemos ser también muy humildes, porque lo que ofrecemos al mundo no es nuestro producto. Como cristianos somos servidores y mensajeros del Evangelio. Y debemos abrir nuestros corazones para que la luz y el amor de Cristo puedan abrazar, a través nuestro, con verdad a todos los hombres.

El símbolo cristológico de la Luz es el hilo conductor de la narración de la creación y de la historia de la salvación. La Palabra creadora del principio rasga el silencio, y anuncia: “Haya luz, y hubo luz” (Gn 1, 3). En la plenitud de los tiempos “la luz verdadera ...” (Jn 1, 9) viene al mundo, y se hace carne (cf. Jn 1, 7. 14). Al final de la historia, la ciudad santa, Jerusalén no necesita “ni de sol ni de luna que la alumbrén, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero” (Ap 21, 23)¹.

Ya el Concilio Vaticano II enseña que por razón de la división de los cristianos “a la Iglesia misma le resulta más difícil expresar bajo todos los aspectos la plenitud de la catolicidad en la realidad de la vida” (*Unitatis Redintegratio* 4). La promoción de la causa santa de la plena unidad de los cristianos debería, por ello, constituir también una contribución a la renovación de la sociedad europea en su identidad, en los verdaderos valores humanos y cristianos. Hablando sobre la persona y la obra de san Gregorio Nacianceno, Benedicto XVI, en su catequesis del miércoles del 8 de agosto pasado, citó las palabras de este santo obispo, el cual, con ocasión de los conflictos en torno a su persona en el Concilio de Constantinopla del 381 dijo: “¡Hemos dividido a Cristo, nosotros que tanto amábamos a Dios y a Cristo! ¡Nos hemos mentido unos a otros por amor a la Verdad, hemos nutrido sentimientos de odio a causa del amor, en torno a la piedra angular nos hemos dividido! (*Oratio* 6, 3: SC 405, 128).

En verdad, esas frases que se referían a una situación específica, pero, con una cierta analogía, iluminan uno de los aspectos del problema ecuménico: el del amor entre los cristianos. A veces, en efecto, los cristianos que están muy cerca

¹ P. Coda, *La luz de Cristo ilumina a todos*, en: Documentos de trabajo de la AEE3.

en su fe y en su tradición se miran unos a otros con miedo y con desconfianza, con amargos recuerdos de graves ofensas pasadas. Por eso, uno de los problemas que están pendientes entre los cristianos es la reconciliación de los corazones. Y esto parece particularmente actual entre los católicos de diversos ritos y los ortodoxos en Europa central y oriental, regiones donde los pueblos han sufrido mucho, y cuyas sociedades tienen necesidad hoy justamente de la inspiración cristiana.

Y sin embargo, la unidad de los cristianos no es solamente una cuestión de sentimientos, porque existen también divisiones confesionales por causa de la verdad de la fe. El diálogo teológico de fondo sobre estos puntos generalmente no es multilateral, sino que se desarrolla entre las comunidades cristianas concretas. Así, naturalmente, nuestro presente encuentro no tiene el deber de resolver estos problemas.

Una vez más, aquí, en Sibiu, queremos volver a mirar juntos a Cristo, para encontrar en Él la verdadera y única luz perfecta. Así podremos progresar hacia la unidad que es y será siempre un don de Dios omnipotente y misericordioso.

No hay espacio para exagerados triunfalismos o superficiales entusiasmos. El camino ecuménico está marcado por la dureza de la cruz. Pero la perseverancia de Cristo nos enseña a ser fieles y coherentes en toda obra buena, también en nuestros esfuerzos ecuménicos. Así leemos en la Carta a los Romanos: “No os acomodéis al mundo presente, antes bien, transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom 12, 2).

Pero el camino ecuménico es también un lugar donde se encuentra el rostro de Cristo resucitado, que prometió “yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). En estos últimos decenios hemos aprendido a respetarnos y a estimarnos, nos hemos conocido y hemos aprendido a expresar la comunión que ya existe entre nosotros. Una comunión que por desgracia todavía no es plena. Han caído muchos miedos.

Ahora es el momento de ir a la profundidad.

La primera tarea que tenemos, también aquí en Sibiu, es la de profundizar y vivir el cristianismo. A menudo tene-

mos que constatar, a veces con dolor, qué desconocido en Europa es el cristianismo en su verdadera esencia. Circulan muchas máscaras de cristianismo, a veces conscientemente falsas. Creo que el primer gran obstáculo del ecumenismo sea la ignorancia del cristianismo y la superficialidad de la vida cristiana. Es urgente que el camino ecuménico se convierta en lugar de profundización espiritual y teológica. Si queremos ser auténticos misioneros de Cristo debemos ser sus verdaderos discípulos. En el conocimiento de la Sagrada Escritura y de la verdad de nuestra fe podemos crecer en nuestra identidad cristiana. Con seguridad, el camino verdadero hacia la unidad no lo encontramos si nos olvidamos de la historia, de la realidad, de la doctrina y de la fe de la propia Confesión. San Gregorio Nacianceno, que hace poco he citado, da como último consejo en su carta de despedida a la Iglesia de Constantinopla: “Suerte a ti, gran ciudad que amas a Cristo ... Hijos míos, custodiadme la herencia de la fe” (Oratio 42, 27: CS 384, 112-114).

Otra tarea ecuménica urgente es la de confrontarnos juntos con la modernidad y la secularización. Los cristianos del Este y del Oeste de Europa tenemos experiencias diversas, y de ellas podemos aprender recíprocamente. Tenemos el deber de mostrar juntos que el Evangelio es capaz de dialogar con toda cultura, y que es capaz de enriquecerla. En el momento histórico actual de nuestro continente, el subjetivismo parece casi prevalecer en el pensamiento. Sobre todo en el mundo pos-comunista, existe un vacío cultural y moral tan profundo que trae consigo la amenaza de la criminalización de las sociedades y de la desestabilización incluso del orden público. En este contexto es importante fortalecer el sentido y el valor objetivo de las cosas y del comportamiento humano. Hay renovar la consciencia de las reglas que proceden de la realidad de la naturaleza y del hombre, para poder proteger y salvaguardar toda la creación. De lo contrario, ponemos en peligro, –nosotros, hombres que hemos llegado a ser tan potentes– la posibilidad misma de la vida humana en este planeta. Pero la razón natural del hombre es iluminada por la fe, por la luz de Cristo. El mundo tiene necesidad de Cristo, y necesita también de nosotros, que pertenecemos a Jesucristo.

En fin, la Asamblea de Sibiu quiere profundizar y ensanchar las relaciones ecuménicas europeas. Nosotros, dele-

gados que venidos de todos los países de Europa estamos llamados a ser “multiplicadores”, a ser el “mensaje vivo” de Sibiu, o mejor aún, mensajeros de la fe cristiana, “rayos de la luz de Cristo”.

Nuestro agradecimiento va a las Iglesias y a la ciudad de Sibiu que nos acoge. Tras los encuentros de Roma en enero de 2006 y de Wittenberg en febrero de 2007, estamos aquí después de muchos encuentros vividos a nivel nacional y local. Las experiencias y vivencias ecuménicas que el Espíritu Santo ha regalado en estos años a Europa, son una gran riqueza en nuestro camino. Nos anima mucho el saber que en cada país de Europa nuestro peregrinar es acompañado por una cadena de oración.

Y es una particular alegría para nosotros poder encontrarnos en esta antigua ciudad y en esta tierra rica en historia. Esta región de la Transilvania (Siebenbürgen), como toda Rumanía, es rica en la herencia viva del cristianismo ortodoxo, católico de rito latino y bizantino, pero también protestante. El ingreso de Rumanía y Bulgaria en la unión europea al inicio de este año nos parece un signo de los tiempos. Aunque la Unión como tal, bajo este aspecto, solo ofrece un marco que hace posible la reconciliación y la fraternidad de muchos pueblos y de muchas etnias, este ensanchamiento es un reto para nosotros, cristianos, para llenar este cuadro con contenidos que provienen de la riqueza de nuestra fe.

Dado el carácter del lugar, no puedo dejar de recordar a los cristianos mártires y confesores de esta tierra, entre los cuales se encuentran grandes santos. En este momento, quiero también rendir homenaje a la memoria del patriarca Teoctist, muerto hace poco tiempo. Con sus encuentros personales con Juan Pablo II, él dio pasos importantes en el camino hacia la unidad de los cristianos.

Nuestra profunda gratitud va también para las muchas personas, comunidades e instituciones que han sido instrumentos de la Providencia de Dios para hacer posible nuestro encuentro. ¡Quiera el Espíritu Santo regalarnos su asistencia en estos días!

S. E. CARDENAL PÉTER ERDÖ,
Arzobispo de Budapest, Hungría
Presidente del CCEE

SESIÓN PLENARIA DE APERTURA*

Lo que yo tengo que decir no es separable de lo que acaba de decir el cardenal Erdö. Me dirijo testigos; ¡testigos de luz que Cristo hace brillar en ellos, y que por tanto saben que brilla para todos! ¡Me dirijo a hombres y mujeres aquí reunidos porque desean que sus Iglesias, sus comunidades locales y sus instituciones y asociaciones sean lugares de testimonio! Ninguno de nosotros quiere ser un “celemín que oculta la luz”; cada uno quiere ser un lugar, puesto en lo alto, donde la luz brille para todos. Es esta la transformación interior, la conversión que queremos realizar aquí, en Sibiu, animándonos recíprocamente unos a otros, mediante el intercambio mutuo, dándonos objetivos comunes: “¡esperanza de renovación y de unidad en Europa!” ¡Nada menos!

Para ello es necesario que nos propongamos objetivos muy concretos. Si queremos encarnar un espíritu de renovación y de unidad debemos tener el coraje de afrontar nuestros bloqueos y nuestras divisiones, y de decir con claridad cómo la luz de Cristo viene a iluminar nuestra noche y a abrir caminos nuevos. La *Charta Oecumenica* nos sirve como instrumento de trabajo. Desde el 2001 ella ha puesto en la vida de nuestras Iglesias algo así como postes indicadores: unidad, espiritualidad, misión, justicia, diálogo interreligioso ...

* Traducción del texto original francés por el Prof. Dr. F. Rodríguez Garrapucho.

Pero nosotros no podemos quedarnos parados, delante de esos postes; ellos nos indican el sentido de la marcha. Aquí, en Sibiu, nos recuerdan cuales serán las próximas etapas de esta marcha; hacia donde debemos ir juntos. La esperanza tiene un precio: el de las palabras y las acciones que comprometen, que trazan un camino y arrastran tras de nosotros y con nosotros a aquellos que quieren una Europa de paz, de justicia, de solidaridad.

¡Tenemos necesidad de valentía! ¡La valentía de mirar de frente a nuestros bloqueos y divisiones! Pues a pesar de nuestra fe común en Cristo salvador, no obstante la luz que brilla para todos, y no obstante nuestras legítimas diversidades, ofrecemos demasiados signos de nuestra divisiones.

A pesar de nuestra escucha de la misma Palabra de Dios, y a pesar de que el Espíritu Santo obra en nosotros, no encontramos la unidad en la oración y en la comunión eucarística.

Pues no obstante Cristo nos ha dado el mandato y la misión de ser sus testigos, nos quedamos a menudo encerrados en nuestras capillas propias, sin saber reconocer y acoger la obra de Dios que llega a su cumplimiento.

No obstante el camino recorrido por los pueblos de Europa para hacer de nuestro continente un espacio de reconciliación, de paz, de justicia y de solidaridad, nos cuesta mucho salir de nuestros egoísmos y de nuestros nacionalismos.

A pesar de lo que los siglos precedentes nos han aleccionado, mediante los dramas del rechazo del otro, que no comparte nuestra religión, dejamos que crezca el antisemitismo y la islamofobia.

Pues a pesar de la mirada que Dios nos da sobre cada ser humano, creado a su imagen, nosotros dejamos que los emigrantes y los que piden asilo político sean tratados como criminales.

A pesar del reconocimiento hacia el don que Dios nos ha hecho con la creación continuamos malgastándola sin consideración hacia las generaciones del futuro. A pesar de la riqueza de nuestro continente, la pobreza continúa siendo como una gangrena en cada uno de nuestros países.

A pesar del innegable sabor de paz que reina sobre la mayor parte de nuestro continente no estamos comprometidos de verdad con una cultura de la no violencia y de la reconciliación.

Tenemos que tener la valentía de decirnos estas cosas unos a otros para encontrar juntos el camino del arrepentimiento y acoger al Espíritu de Dios que nos conducirá a la novedad de vida.

Sin embargo, no habría nada peor que establecer juntos un largo elenco de nuestros bloqueos y divisiones si a la vez no estuviésemos en grado de decir para cada cosa en qué modo nos comprometemos. De lo que tenemos necesidad, lo que necesita nuestro mundo, es de testigos y signos.

El testimonio de lo que se hace en nuestras Iglesias y que refleja la luz de Cristo; los signos que hablan de nuestra decisión de no permanecer parados. Los signos de nuestra capacidad de superar las divisiones, de estar unidos en la oración y de anunciar juntos la Buena Noticia de la salvación; los signos de nuestra capacidad de superar los repliegues nacionalistas, de desarrollar la solidaridad y de acoger a los emigrantes con tanto respeto como realismo; los signos de nuestra voluntad de cambiar el estilo de vida para preservar el futuro de nuestro planeta; los signos de nuestro amor a la paz.

No serán más que signos, sencillos, concretos; como una humilde confesión de nuestra incapacidad para cambiar el mundo; pero será la afirmación de nuestra responsabilidad, la que Dios ha confiado a sus propios hijos, mientras les ofrece este mundo, para sea hecho a su imagen.

No serán más que signos, pero reflejos de la luz de Cristo que brilla para todos.

JEAN-ARNOLD DE CLERMONT
Presidente de la KEK

LA LUZ DE CRISTO Y LA IGLESIA*

El tema de esta Tercera Asamblea Ecu­ménica Europea, “La luz de Cristo ilumina a todos” viene como anillo al dedo para la ciudad de Sibiu / Hermannstadt. Durante cientos de años los húngaros, rumanos, ortodoxos, católicos, greco-católicos y cristianos evangélicos han vivido juntos aquí en Siebenbürgen / Transilvania. Todos los interrogantes de carácter europeo y de naturaleza ecuménica se reflejan en la vida de esta región. No en vano Sibiu es la capital cultural europea en 2007.

1. La compleja historia de esta región muestra que el tema *La luz de Cristo ilumina a todos* no es un tema fácilmente digerible; por el contrario, de él surgen preguntas que, en algún momento se convierten en discrepancias. ¿Realmente la luz de Cristo ilumina a todos –también a los no-cristianos y los musulmanes? ¿brilla también para aquellos que no saben nada de Cristo y sobre esas muchas personas de la Europa de hoy que, aunque lo conocen rechazan su mensaje y –para hablar en términos bíblicos– prefieren la oscuridad a la luz (Jn 3, 19)? ¿brilla incluso para los que persiguen a Jesús y a sus seguidores?

* Traducción del texto original alemán del Dr. F. Rodríguez Garra­pucho.

En efecto, se trata de una temática simple pero no carente de insidias. No obstante, no es éste un argumento creado por un ingenioso comité preparatorio ecuménico; se trata más bien de una cita libre del prólogo del Evangelio de san Juan. En ella se habla de la verdadera luz que ilumina a todo ser humano y que a través de Jesucristo ha entrado definitivamente en el mundo (Jn 1, 9). Jesucristo se describió a sí mismo como la luz del mundo (Jn 8, 12). Entonces, desde el principio, necesitamos pasar del tema que se nos ha dado a “La luz de Cristo y la Iglesia”, para terminar en el contexto más amplio de “La luz de Cristo y el mundo”.

De este modo, nos situamos con nuestro tema sobre un terreno bíblico sólido, más bien yo añadiría: nos movemos sobre un sólido terreno común. Frente a todo lo que diferencia a cristianos ortodoxos, evangélicos y católicos, la fe en Jesucristo nos une. Como cristianos, creemos juntos que en Jesucristo se nos ha regalado la luz de la vida y que esta luz brilla para nosotros desde el bautismo que compartimos, el cual describieron los Padres de la Iglesia como iluminación (photismos). Juntos reconocemos en nuestra profesión de fe que creemos que Jesucristo es “luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero”. Juntos creemos en él como redentor y salvador de todos, el salvador del mundo.

Creo que es importante que al comienzo de nuestra asamblea no nos detengamos en ver las diferencias que hay entre nosotros, sino que más bien hagamos oportuna memoria de nuestro fundamento común. El ecumenismo no es un simple humano sentimiento de pertenencia común. El ecumenismo trata de hacer realidad nuestra fe común en el *único* Dios, en el *único* Señor Jesucristo, en un *único* bautismo y la *única* Iglesia, que profesamos en nuestro Credo común. El movimiento ecuménico –de acuerdo con la fórmula de base del Consejo Ecuménico de Iglesias– está fundado sobre personas que invocan al Dios uno y trino y que reconocen a Jesucristo como Redentor y Señor. Sobre la base de este fundamento común deberíamos tomar decisiones en estos días y dejarnos inspirar por él.

Sin tal fundamento estaríamos construyendo en la arena, o haciendo castillos en el aire.

El regalo que nos ha dado el ecumenismo es el hecho de que hemos reconocido esta base común: hemos redescubierto que no somos extraños ni entramos en competencia los unos con los otros, sino que somos hermanos y hermanas en Cristo. No podremos estar nunca lo suficientemente agradecidos por este regalo. No deberíamos permitir que nuestra alegría se enturbie cuando surjan las diferencias y los problemas. Tampoco deberíamos dejar que nos roben la alegría aquellos que creen que el ecumenismo es un fracaso. Para nosotros, el ecumenismo es una tarea que nos ha asignado Jesucristo, quien rezó “para que todos sean uno” (Jn 17, 21); lo cual deriva del impulso del Espíritu Santo (*Unitatis Redintegratio* 1; 4) y responde a la necesidad de nuestro tiempo. Nos hemos tendido las manos, unos a otros, y no queremos que se separen otra vez.

2. “Pero llevamos este tesoro en vasos de barro” (2 Co 4, 7), puesto que vivimos sobre el mismo fundamento, Jesucristo, pero en Iglesias divididas. Lo hacemos en contra del deseo y el mandato de Jesús. Por lo tanto, no debemos tolerar estas divisiones entre nosotros como algo obvio, o acostumbrarnos a ellas, o incluso embellecerlas.

Ellas van en contra de la voluntad de Jesús, y por eso son expresión de pecado; representan el fracaso de nuestra misión histórica de dar testimonio de la Luz de Cristo a todos los hombres y de juntos trabajar por la unidad y la paz entre todos los seres humanos.

Con nuestras divisiones hemos oscurecido la luz de Jesucristo para muchas personas, haciéndoles más difícil que la realidad de Jesucristo sea creíble. Como lo demuestra la historia, nuestras divisiones son en parte responsables de las divisiones en Europa y de la secularización de este continente. Además, nuestras divisiones son en parte responsables de las dudas que muchos tienen respecto de la Iglesia, junto al hecho de que la cuestionen. Ante una situación tal como se encuentran nuestras Iglesias no podemos estar satisfechos de nosotros mismos; no podemos seguir adelante pretendiendo que “no pasa nada”. No hay alternativa responsable al ecumenismo. Cualquier otra posición podría contradecir nuestra responsabilidad ante Dios y ante el mundo. El asunto

de la unidad nos tiene que inquietar; tiene que arder dentro de nosotros.

3. ¿Qué podemos hacer? Antes de iniciar cualquier terapia hay que hacer un análisis. En un reciente documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe, mi Iglesia, la Iglesia católica, ha expuesto todas las diferencias que desafortunadamente persisten, y de este modo nos ha hecho recordar la tarea que tenemos ante nosotros. Sé que muchos, especialmente muchos hermanos y hermanas evangélicos, se han sentido lastimados por ello. Esto no me deja indiferente, y representa un peso también para mí. Porque el dolor y la pena de mis amigos, también son míos. No era nuestra intención menospreciar o lastimar a nadie. Queríamos dar testimonio de la verdad, cosa que esperamos también que hagan las otras Iglesias, y así como otras Iglesias ya lo hacen. Tampoco son de nuestro agrado todas las declaraciones que otras Iglesias hacen, y sobre todo lo que dicen algunas veces de nosotros. Pero, dejemos esto da lado. Un ecumenismo de mimos o de fachada, en el que se desea sólo ser amables los unos con los otros, no nos lleva a realizar progresos; solamente el diálogo en la verdad y la claridad nos puede sostener en el camino hacia adelante.

Lo importante es, por supuesto, que el recuerdo de las diferencias y de los supuestos perfiles, no nos haga perder de vista la más evidente y más importante base común. Esta consideración se encuentra claramente expresada incluso en el documento en cuestión, en el que se declara explícitamente que Jesucristo también está presente con poder salvífico en las Iglesias y en las Comunidades eclesiales separadas de nosotros. Realmente esto no es cualquier cosa. Sólo hace algunas décadas una tal afirmación hubiera sido totalmente impensable, y yo mismo no estoy seguro de que todos los compañeros ecuménicos lo digan de nosotros. Entonces, las diferencias no afectan el ser cristiano; y no afectan ni siquiera a la cuestión de la salvación; las diferencias tienen que ver con la cuestión de la concreta mediación salvífica, así como con la forma visible de la Iglesia. Tanto para los católicos como para los ortodoxos esto no son asuntos irrelevantes, en cuanto la Iglesia está formada de acuerdo con la analogía del misterio de la Encarnación (*LG 8*). Ella es visible como Iglesia y también es visible en su aspecto ministerial. Y, tristemente,

¿quién puede negar que todavía no hay consenso entre nosotros en este asunto?

En este punto tocamos el verdadero “nudo gordiano” que todavía, desafortunadamente, no ha sido desatado. Como no somos concordes en nuestro entendimiento de la Iglesia, y en mayor extensión, tampoco en la comprensión de la Eucaristía, no podemos compartir la única mesa de Nuestro Señor y comer el único pan o beber del único cáliz eucarísticos. Esto significa un disgusto y, para muchos, una pesada carga. Pero no nos sirve de ayuda el ocultar las heridas; tenemos que dejarlas abiertas, aún cuando nos cause dolor; sólo entonces podremos tratarlas y, con la ayuda de Dios, sanarlas.

4. Después del análisis déjenme decirles una palabra sobre la terapia. Nosotros no deberíamos buscar siempre en los otros la culpa del sufrimiento indecible que surgió en el pasado por nuestras divisiones. Todas las comisiones de historiadores que se han reunido en los últimos años han demostrado que las atribuciones unilaterales de culpa en la gran mayoría de los casos son el resultado insostenible de una sucesiva valoración histórica; generalmente la culpa se divide entre ambas partes. Deberíamos reconocerlo sinceramente y pedir perdón a Dios y a nuestros hermanos. Un nuevo comienzo es posible solamente a través de la purificación de la memoria. No habrá progreso ecuménico sin conversión ni penitencia. De aquí debe provenir la disponibilidad para una renovación y para la reforma, que se necesita en cada Iglesia, y por lo tanto, cada Iglesia debe comenzar por sí misma.

En el intento de ir más allá de las divisiones hacia un consenso, el método de las convergencias usado hasta ahora ha probado ser fructífero y ha permitido progresar en muchos asuntos que anteriormente eran controvertidos. Estoy pensando, por ejemplo, en el acuerdo fundamental sobre la doctrina de la justificación. Pero con el tiempo este método claramente se ha agotado; actualmente no estamos consiguiendo ir más allá por este camino. Para mí, todo esto no es razón para ceder a la resignación. Podemos presentar nuestra posición los unos a los otros de manera honesta y comprometida. Lo podemos hacer de manera no polémica ni limitadora. Lo podemos hacer en la esperanza de que de este modo, un “intercambio de dones” –como el papa Juan Pablo II

lo llamó- sea posible. En otras palabras: podemos aprender unos de otros. En lugar de encontrarnos en el mínimo común denominador, podemos enriquecernos mutuamente con los tesoros que nos han sido dados.

A lo largo del camino también han ocurrido muchas cosas positivas en las últimas décadas. Nosotros, los católicos, hemos aprendido de los evangélicos sobre el significado de la Palabra de Dios; al mismo tiempo ellos están aprendiendo de nosotros acerca del significado y la forma de la liturgia. Los católicos y los evangélicos están agradecidos a sus Iglesias hermanas ortodoxas por enseñarles un sentido más atento por el misterio; así, en el Occidente hay un creciente amor por los iconos. Estos son ejemplos que se podrían multiplicar fácilmente. Todavía nos conocemos demasiado poco y por eso nos amamos todavía demasiado poco.

Tenemos que ser conscientes de esto: nosotros no podemos “construir” la unidad; ésta no puede ser obra nuestra. Es un regalo del Espíritu Santo; solo él puede reconciliar los corazones. Debemos rogar al Espíritu de la unidad. Es por eso que el ecumenismo espiritual es el centro y el corazón del ecumenismo (*UR 8*).

5. La unidad de la Iglesia no es un fin en sí misma. Nadie, ni siquiera la Iglesia, vive para sí misma. Jesús rogó “que todos sean uno... para que el mundo crea” (Jn 17, 21). La unidad cristiana está ordenada a la unidad del mundo, y, en particular en nuestra situación, al proceso de unificación europea. Fue la luz de Cristo la que unió a Europa y la hizo grande. Encontramos figuras de gran santidad desde el comienzo de la historia de Europa y durante toda su historia: Martín y Benito, Cirilo y Metodio, Ulrico, Adalberto, mujeres como Isabel de Hungría y Turingia, Eduvigis de Polonia, Silesia y Alemania, Brígida de Suecia y muchas otras. No se puede pensar en Europa sin los Reformadores o sin Juan Sebastián Bach, o sin testigos como Dietrich Bonhoeffer.

Aquellos que niegan las raíces cristianas de Europa deberían ser invitados a realizar un viaje desde Gibraltar, cruzando España, Francia, Alemania, Escandinavia y Polonia hasta llegar a Estonia, o desde Roma hasta llegar a la antigua Constantinopla y a través de Kiev hasta Moscú. El viajero se encontrará pueblos diferentes y escuchará las más variadas

lenguas, pero en todas partes encontrará la cruz y, en el centro de todas las ciudades antiguas, las catedrales. Solamente en contra de la evidencia se pueden contestar las raíces cristianas de Europa. Aún en los tiempos modernos, las raíces del cristianismo en Europa no han sido infructuosas. La concepción moderna de la dignidad de la persona y de los derechos humanos universales tienen sus orígenes en la tradición judeo-cristiana. Por lo tanto, no deberíamos descartar la modernidad *en bloque*; sino que debemos protegerla de su autodestrucción.

Tristemente, Europa con frecuencia ha traicionado su misión: en tantas guerras entre pueblos cristianos; en los saqueos y sometimientos coloniales de otros pueblos; en dos terribles guerras mundiales en el siglo pasado; en dos dictaduras que fueron enemigas de Dios y del hombre, a través del holocausto de seis millones de judíos en el corazón de Europa. Hoy, Europa se encuentra en el peligro no sólo de traicionar sino también simplemente de olvidar sus ideales de forma banal. El principal peligro no son las objeciones del ateísmo sino el olvido de Dios, un olvido que simplemente se instala más allá de los mandamientos de Dios, en la indiferencia, la superficialidad, el individualismo y la falta de disposición a trabajar por el bien común y hacer sacrificios para ello. ¿No es esto como bailar encima de un volcán o de un barril de pólvora? Ante todos los hombres contemporáneos que están atentos los desafíos están claros desde hace tiempo. Mencionaré sólo algunos: la llamada a la justicia en un mundo globalizado, donde la injusticia con frecuencia clama al cielo, la amenaza del terrorismo despiadado, el encuentro, que esperamos sea pacífico, pero también necesariamente sincero con el Islam.

Una vaga y débil religiosidad ya no nos ayuda en nada. Nunca la salvación para el cristiano coincidió con adaptarse al mundo. El apóstol Pablo nos dice: “no os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de la mente” (Rom 12, 2). La nueva evangelización es nuestra tarea. Lo que se necesita es el pan negro de la fe comprometida y viva. Europa no puede ser solo una unidad política y económica; si quiere tener algún futuro, lo que Europa necesita es una visión compartida y un sistema de valores básicos comunes. Europa, en otras palabras, nosotros, los cristianos de

Europa nos tenemos que despertar; Europa debe situarse a favor de sí misma, a favor de su historia y de sus valores, que en el pasado le dieron grandeza y que pueden garantizarla un nuevo porvenir. Esta es nuestra misión común.

Nuestra meta es la unidad de Europa, no su uniformidad. La variedad de culturas es una riqueza. Pero lo que nos une es la idea de la dignidad que Dios ha otorgado a cada hombre, la sacralidad de la vida, la coexistencia en la justicia y la solidaridad, el cuidado de la creación y una nueva cultura de la compasión y del amor.

Todos debemos ser signos, testigos e instrumentos de esta alternativa en el espíritu del Evangelio. Para lo cual, debemos prestar atención a la alteridad de las otras religiones, pero debemos también mostrar el coraje de ser “otros”, el coraje de la diferencia en cuanto cristianos, el coraje de reconocer la luz de Cristo que ilumina a todos y de mostrarla al mundo, que la necesita urgentemente.

¿Quién puede proporcionarnos algo mejor? ¿En qué otro lugar vamos a encontrar tales palabras de vida? (cf. Jn 6, 68).

CARDENAL WALTER KASPER
Presidente de la PCPVC

LA LUZ DE CRISTO Y LA IGLESIA UNIDAD, ESPIRITUALIDAD Y TESTIMONIO*

Eminencias, Excelencias, estimados hermanos y hermanas.

1. La luz inundará a todo aquél que lance una mirada, aunque sea breve, a las Sagradas Escrituras: “El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?” cantó el salmista hace miles de años (Sal 27, 19).

El Evangelio según San Juan nos dice que Juan el Bautista fue enviado “como testigo para que diera testimonio de la luz y para que por medio de él llegasen todos a creer. Juan no era la luz, sino un enviado a dar testimonio de la luz” (Juan 1, 7s.). Y Cristo, a quien el bautista señaló, dice de sí mismo, según el testimonio del Evangelio de Juan: “Yo soy la luz del mundo, el que me siga no caminará en tinieblas sino que tendrá la luz que le da vida” (Juan 8, 12).

Las fiestas de los cristianos están impregnadas por el símbolo de la luz en todas nuestras Iglesias. En la peregrinación que nos ha conducido a nuestro encuentro, aquí en Sibiu, se han traído y encendido muchas velas, que debían ser un signo anticipado de nuestra reunión por la que nos hemos juntado. La luz de las velas es una manifestación de la luz de Cristo. Cristo, la luz, rompe toda oscuridad.

* Traducción del original en alemán del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

En la liturgia de todas las Confesiones resuena en Pascua de forma solemne el canto recíproco entre el ministro y la asamblea “Cristo luz del mundo, demos gracias a Dios”. Mientras la luz del cirio Pascual ilumina gradualmente la iglesia a oscuras, al seguirla salimos del camino oscuro de la muerte a la luz de la vida que Cristo nos regala.

Según los Hechos de los Apóstoles, lenguas de fuego reunieron a los seguidores de Cristo, el primer día de Pentecostés. La luz se convirtió en símbolo de orientación así como de la acción cristiana: “vivid como hijos de la luz; pues la luz produce toda una cosecha de bondad, justicia y verdad” (Ef. 5, 8s.).

La Luz es indivisible. Ya la Iglesia antigua comprendió la luz como símbolo de la divina Trinidad. Como la luz es una llama que pasa del Padre al Hijo y al Espíritu Santo, siempre nueva y aún así siempre la misma, así se la compara con el misterio de la Trinidad de Dios.

La luz de Cristo une. Ella rodea y penetra a los que siguen a Jesús. La unidad del Dios trino es la más importante prenda y la más importante fuerza impulsora de nuestra comunión ecuménica.

2. La luz de Cristo es la fuente de nuestra espiritualidad, llena el corazón, el alma y el espíritu. Podemos vivir en ella como hijos de la luz y dar testimonio de sus frutos: bondad, justicia y verdad.

El tema de esta reunión contiene una gran fuerza motivadora, para que nosotros hagamos consciente de forma nueva el tesoro de una espiritualidad cristiana común. Esta animación llega justamente a tiempo. Pues muchos hombres preguntan hoy de nuevo por una espiritualidad. Algunas veces dejan vagar su mirada en la lejanía. Pero ante todo deben ser sacadas a la luz de forma nueva la profundidad espiritual de la tradición cristiana y su fuerza creativa para nuestro continente europeo. Nosotros podemos y debemos apoyar juntos como Iglesias a los hombres de Europa para que perciban la profundidad de la experiencia espiritual que está contenida en la tradición cristiana de nuestro continente.

Para servir en esta tarea, podríamos desarrollar un canon de textos-clave espirituales sacado de la historia cris-

tiana de oración y confesión, canto y pensamiento. Una tal colección podría traer a la memoria de muchos hombres la riqueza de nuestra tradición espiritual. Ello ayudaría a que nosotros descubramos de nuevo la fuerza de los textos transmitidos, y profundicemos en la orientación que surge de ellos. Cuando los hombres comparten la espiritualidad esto ayuda a expresar juntos tanto los gozos como las penas o a encontrarse con confianza, como en un nuevo camino, en el lenguaje de la espiritualidad cristiana, por ejemplo en una peregrinación.

El interés renovado por la espiritualidad significa un importante contrapeso ante el ajetreo y el materialismo de nuestro tiempo. En la necesidad de espiritualidad se percibe la oposición ante un enorme dominio de la economía, que ni siquiera se detiene ante una economización del alma, es decir, la ponemos un freno. La espiritualidad es un tesoro de nuestra Iglesia, que hay que exigir y fortificar. Estamos agradecidos a comunidades espirituales en las cuales esta espiritualidad está viva de forma especial. Los órganos del oído, el sentido, el silencio, la oración, la admiración y el canto hay que ejercitarlos. A partir de una tal profundidad espiritual llegamos a través de nuestra acción, nuestro discurso y nuestro consuelo a una nueva claridad fundada en lo espiritual.

3. La renovación de la espiritualidad cristiana es también el fundamento decisivo para un testimonio común de las Iglesias en nuestro mundo. La consciencia de que se trata de un testimonio común se hace viva siempre que nosotros celebremos la Eucaristía. Pues cada Eucaristía traspasa las fronteras de la comunidad que se ha reunido en ella; en cada Eucaristía está presente el único Cuerpo de Cristo. El fundamento de todo actuar común en nuestras Iglesias es la espiritualidad ecuménica, el escuchar juntos y orar juntos. Para ello necesitamos formas básicas para celebraciones de la Palabra así como medidas en el campo de la piedad sacramental.

El reconocimiento mutuo del bautismo entre nuestras Iglesias tiene importancia enorme para nuestro camino común. El impulso para dar forma clara al mutuo reconocimiento del bautismo debemos agradecerlo al cardenal Walter Kasper y al Pontificio Consejo para la unidad. En el

año 2002 presentaron una propuesta sobre la cuestión. Yo estoy agradecido por el hecho de que el grupo de trabajo de las Iglesias cristianas en Alemania lo acogió. El 29 de abril de este año los presidentes de once Iglesias firmaron el mutuo reconocimiento del bautismo en Magdeburg. El principio base de este documento es: Todas las Iglesias firmantes reconocen “cada bautismo realizado según el mandato de Jesús en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo junto al gesto de la inmersión en el agua o la aspersion”.

Al encargo de Jesús para la realización del bautismo le es otorgada con claridad en estas palabras la precedencia ante la cuestión sobre el modo en que en las singulares Iglesias los ministros (o ministras), que celebran el sacramento, están legitimados. Tal consideración, la que otorga el primer puesto al mandato o invitación de Jesús, ante las diferentes comprensiones sobre el ministerio, puede abrir, de ello estoy convencido, un camino para encontrar una respuesta a la cuestión sobre la hospitalidad eucarística. No deberíamos descuidar esta cuestión en medio de los esfuerzos para encontrar una solución. Por todas partes donde hay personas con diferente pertenencia eclesial dentro de familias ecuménicas, en comunidades impregnadas de espíritu ecuménico o en otro tipo de comunidades de vida o trabajo con miembros de diversas Iglesias cristianas, se comprueba hasta qué punto es urgente un paso adelante en este camino. Por amor a los hombres, deberíamos buscar caminos en los que no difuminamos nuestras permanentes diferencias en la comprensión del ministerio y la eucaristía, sino que las reconocemos de mutuo acuerdo como diversos caminos hacia la única luz de Cristo.

Pues como Iglesias tenemos sobre nosotros la responsabilidad para que la vinculación de los hombres con Jesucristo, que también es la luz para su vida personal, no se relaje, sino que se fortalezca. Juntos nos encontramos ante la tarea de conseguir que para ellos su patria eclesial no les resulte extraña, sino que les sea cercana y cada vez lo sea más. Y ante los hombres para los cuales nuestra fe les resulta lejana, nuestra común tarea es que la luz de Cristo no se oscurezca sino que su resplandor encuentre caminos libres. En el mundo religioso plural de Europa la comunión ecuménica es no sólo un testimonio que nos exige el Evangelio, sino una parte elemental de la tarea común de “dar razón de

nuestra esperanza” (1 Pe 3, 15). El modo de nuestra comunión ecuménica es de gran significación para que nuestro anuncio inspire confianza. Para ello es una prueba decisiva si conseguimos llevar adelante nuestra comunión en el campo de la espiritualidad y el de la eucaristía.

4. Juntos confesamos con Nicea y Constantinopla: “Creemos ...en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero ...”. El credo está determinado por una unidad que nos precede; nosotros no podemos disponer de ella. Y puesto que la unidad de la Iglesia se funda en Cristo como su Señor, sólo se puede dar una unidad en la verdad. Sobre esta certeza descansa nuestra espiritualidad ecuménica. La disputa sobre la unidad en la verdad determina la historia de nuestras Iglesias desde el comienzo. Esta disputa es el tema fundamental en la historia del cristianismo. Y permanece aún con su influjo allí donde la lucha por la verdad ha causado tras de sí las divisiones. Siendo ciertamente así, en nuestras preocupaciones ecuménicas debemos dar razón de ambas cosas: de la unidad, que se funda en Cristo, y de los diversos accesos a la única Verdad, que es Cristo mismo. Con ello se esclarecen los distintos caminos de nuestras Iglesias; con ello, se aclara a la vez que nosotros permanecemos referidos unos a otros en nuestras diferencias.

Nuestra tarea es aspirar a la unidad y exigir la unidad, que es ya una realidad en Cristo. Para ello debemos estar atentos de modo recíproco a cómo cada vez que disputamos sobre la única verdad tratamos de ser fieles a Cristo como el Señor de la Iglesia, su fundamento y fin. Esto sucede en la conciencia de que ninguna comunidad eclesial dispone de su ser Iglesia. Cada Iglesia está impregnada de dos cosas: luz y sombras, justicia y pecado, fidelidad y traición, fe e incredulidad. “Señor, yo creo, pero ayuda mi incredulidad” (Mc 9, 24); este grito de ayuda puede, o mejor debe ser siempre de nuevo el grito de las Iglesias.

Sólo con esta humildad podemos ponernos la pregunta sobre el “ser propiamente Iglesias”. La Iglesia en sentido propio está unida a la confesión de la culpa ante Dios y la espera de su gracia; dicha confesión allana a los hombres el camino

hacia la santidad de Dios, y les hace participar en la promesa de reconciliación. En la medida en que nuestras Iglesias oyen la Palabra de Dios, testimonian juntas su misericordia y tratan al prójimo con caridad, ellas son “Iglesias en sentido propio”.

Por esta razón, hoy como antes, yo percibo como algo que daña el ecumenismo el hecho de que el concepto de “Iglesias en sentido propio” se haya convertido en manzana de discordia entre las Iglesias. Desde que salió el documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe del 11 de julio de este año, las fórmulas correspondientes a las autoridades de la Iglesia romano-católica no se pueden ya designar como un “prudente semiprincipio abreviado en gran parte admitido”, como el cardenal Kasper formuló todavía el 9 de julio de este año en relación con la Declaración *Domunius Iesus* del año 2000. Más bien nosotros necesitamos ahora un nuevo planteamiento. Puesto que no se justifica por sí mismo el hecho de que la caravana ecuménica vaya adelante. Más bien, debemos querer juntos este encuentro; y necesitamos entendernos sobre su dirección. Para ello, ¿no deberíamos confesar con toda humildad que ninguna de nuestras Iglesias por sí sola puede representar el espectro completo de colores en el interior de la luz de Cristo? Nuestros esfuerzos ecuménicos son por ello impulsados a reconocer que ninguna Iglesia sola puede comprender y reflejar la luz de Cristo. Si una Iglesia tiene la pretensión de que solo en ella se actualiza la realidad de Jesucristo y con ello el fundamento de la Iglesia, entonces obstaculiza e impide el brillar mismo en común en la luz de Jesucristo.

Para las Iglesias evangélicas el cuidado de ser Iglesia es por ello una importante regla fundamental ecuménica en aquellos que luchan por la unidad y la verdad en Cristo. Nosotros no podemos admitir que el camino hacia la unidad en la diversidad o la diversidad reconciliada pueda ser encontrado de otra manera. En esto nosotros no ignoramos las dificultades. Hoy tenemos que organizar la “Ecumene” bajo el presupuesto de que las Iglesias afectadas no sólo tienen diferentes comprensiones de la Iglesia así como diferentes concepciones del ministerio y la ordenación, la relación entre Escritura y Tradición o el papel de la mujer en el ministerio espiritual, sino que ellas tienen una diferente visión de lo que significa la

“unidad visible”. Sería extraño si los diversos principios teológicos y las diversas experiencias espirituales no se reflejasen en diferentes concepciones de la unidad de la Iglesia.

Observaciones recíprocas y recíproco respeto son importantes presupuestos para el progreso ecuménico. Debemos evitar ya lanzarnos como reproche de unos a otros las divisiones de nuestra historia. Cuando las Iglesias evangélicas se preparan en estos años para el jubileo de los quinientos años de la Reforma, es necesario recordar que la Reforma no quiso renegar de las raíces comunes del cristianismo. Al contrario: el objetivo de los reformadores no fue fundar una nueva Iglesia, sino superar el oscurecimiento de la fe para que la luz de Cristo brillase para todos. La Iglesia evangélica tiene también sus raíces en la Biblia y en la Iglesia antigua. Los reformadores estaban determinados por la fidelidad al anuncio bíblico y por el Credo común del cristianismo. Y la Iglesia que surgió de ellos es la Iglesia católica, que partió de la Reforma. No sólo tenemos una común la historia de quinientos años sino una historia de dos mil años, en este sentido tenemos también más en común de lo que muchas veces se afirmó.

5. El papel de las Iglesias se ha transformado en Europa de forma muy profunda en los últimos doscientos años. Con el crecimiento de la comunidad europea esto se ha hecho más consciente en nosotros de modo cada vez más fuerte. Los Estados europeos tienen hoy la comprensión de un Estado neutral en materia religiosa, que respeta y exige la libertad religiosa. Con ello las Iglesias nacionales han quedado atrás. Pero la historia del influjo del Evangelio permanece: es anunciado el Evangelio de la gracia de Dios, las personas fundamentan su vida en la fe y se dejan construir por la acción del amor, la idea de la libertad cristiana va adelante allí incluso donde faltan signos de sus raíces. La idea de los derechos humanos y de la libertad religiosa, la configuración de los Estados democráticos, la orientación del obrar social hacia la justicia, la solidaridad con los hombres necesitados o huidos, la idea de una Europa de la reconciliación y de la paz, todo se debe a impulsos decisivos de la fe cristiana y junto a ella de la tradición judía. Lo percibimos cada vez con más claridad. Por ello, no se funda en la realidad la idea de que la fe debe ser confinada a la esfera privada y que la vida en común de la

sociedad sea posible sin el reconocimiento público de la religión y de la fe.

El desarrollo moderno de Europa está unido ciertamente a los impulsos del alejamiento de la Iglesia. En medio de Europa han crecido hombres sin ninguna experiencia de Cristo. Esto, sin embargo, no significa que en la sociedad moderna europea ya no haya espacio para la fe. La tesis de que las sociedades modernas europeas se han secularizado profundamente no refleja la realidad. Más bien, las personas pueden hacer uso, sin la tutela y la obligación estatal, de su libertad para creer y de la libertad que nace de la fe. En medio de la pluralidad de credos y religiones, la fe cristiana tiene un papel inconfundible en la sociedad europea. Está en nuestra mano aprovechar ese papel y hacer brillar el Evangelio.

Para este objetivo es necesario entrar en una confrontación constructiva con la autoconciencia de la modernidad europea. La fe evangélica valora los impulsos (no en último lugar nacidos en la Reforma) del iluminismo y de la libertad individual, la distinción clara entre Confesión y derechos del ciudadano, en decir, entre Estado e Iglesia, los impulsos de la ciencia crítica y de la libertad responsable en la orientación de la vida humana. Justamente desde esta posición se vuelve de forma crítica contra la corrupción de la libertad en arbitrariedad, del conocimiento científico en pretensión de omnipotencia o del progreso económico en pretensión de dominio de la economía.

Las Iglesias de la Reforma y su teología han propiciado siempre una necesaria y estrecha relación entre fe y razón. Pero la fe tiene en todo lugar y tiempo la tarea de señalar los límites de su radio de acción a toda comprensión de la razón. Fe y razón tienen cada una su propio espacio; pero están remitidas una a otra. Hoy estamos llamados a testimoniar juntos esta convicción frente a los que quieren separar fe y razón, ya sea haciendo la fe libre de la razón y por tanto convirtiéndola en irracional, ya sea sosteniendo una razón sin fe que se absolutiza a sí misma.

6. En este primer pleno de nuestro encuentro represento yo hoy a las Iglesias de la Reforma. Traigo la voz de Wittemberg a Hermannstadt. Por eso termino con una petición que fue formulada en el encuentro preparado en Wittemberg

en febrero de este año: “con actitud humilde y orante animamos a nuestros hermanos cristianos a que abran sus corazones a la luz de Cristo, y a que se unan a nosotros para traer a nuestro continente justicia y esperanza. La luz de Cristo nos inspira a testimoniar el don de la paz, de la reconciliación y de la unidad en nuestro mundo dividido, y a luchar por ello”.

Obispo DR. WOLFGANG HUBER
*Presidente del Consejo de Iglesias evangélicas
en Alemania*

SU SANTIDAD BENEDICTO PP. XVI

*Sesión plenaria de apertura**

Al cardenal PETER ERDÖ
*Presidente del Consejo de Conferencias episcopales
de Europa*

y al pastor
JEAN-ARNOLD DE CLERMONT
Presidente del Consejo de Iglesias de Europa

Saludo de corazón a todos los delegados y a los participantes de la *Tercera asamblea ecuménica de Iglesias de Europa* en Sibiu, que afrontan un tema importante para la nueva evangelización de Europa: “La luz de Cristo ilumina a todos. Esperanza de renovación y unidad en Europa”, y que se han dado la tarea “de encontrar en Cristo crucificado y resucitado nueva luz para el camino de reconciliación entre los cristianos de Europa”.

Saludo a cada uno de ellos, y a través de ellos dirijo mi saludo al Consejo de las Conferencias episcopales de Europa y a la Conferencia de las Iglesias de Europa. Tengo la sincera esperanza de que esta Asamblea contribuya a dar un paso adelante en el camino ecuménico, para volver a la plena y

* Traducción del original en lengua italiana del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

visible unidad de todos los cristianos. Esta es una prioridad pastoral, a la cual yo he prestado mucha atención desde el inicio de mi pontificado. La preocupación por la unidad visible de todos los cristianos es esencial, para que la luz de Cristo pueda iluminar a cada persona.

El Concilio Vaticano II, como ha expresado mi venerado predecesor el papa Juan Pablo II, “ha comprometido de modo irreversible a la Iglesia católica a emprender el camino de la búsqueda de la Ecumene, poniéndose así a la escucha del Espíritu del Señor, que enseña a leer atentamente los signos de los tiempos” (*Ut unum sint*, 3). “Creer en Cristo significa querer la unidad; querer la unidad significa amar a la Iglesia” (*Ibid.*, 9). Con esta consciencia, la Iglesia católica caminará siempre con plena confianza en el camino de la unidad y de la comunión entre los cristianos, que es ciertamente un camino difícil, pero lleno de gozo (cf. *Ibid.*, 2).

¡Cuántos “signos de los tiempos” en los decenios pasados y en las anteriores asambleas ecuménicas de Basilea (1989) y de Graz (1997) hasta la firma de la *Charta oecumenica* en Estrasburgo (2001) nos han animado y sostenido en este camino! También los numerosos encuentros ecuménicos y las celebraciones comunes, junto al paciente diálogo teológico a nivel local e internacional, han supuesto signos esperanzadores y nos han “hecho tomar más viva consciencia de la Iglesia como misterio de unidad” (*Novo millenio ineunte*, 48). Un diálogo auténtico nace no sólo donde hay únicamente palabra, sino donde hay también escucha, y donde a través de la escucha acontece el encuentro, en el encuentro nace la relación y en la relación se realiza la comprensión como profundización y transformación de nuestro ser cristianos.

De este modo, el diálogo no solo se mueve en la esfera del conocimiento o de lo que podemos hacer. Él, mucho más profundamente, hace hablar a la persona creyente, o más bien, hace que el Señor mismo hable en medio de nosotros.

Dos elementos deben guiar nuestros esfuerzos: el diálogo de la verdad y el encuentro bajo el signo de la fraternidad. Ambos son necesarios como fundamento del ecumenismo espiritual. Ya el Concilio Vaticano II se expresaba así: “Esta conversión del corazón y santidad de vida, junto a las oraciones privadas y públicas por la unidad de los cristianos, deben considerarse como el alma de todo el movimiento ecu-

ménico” (*Unitatis redintegratio*, 8). La oración por la unidad representa el camino señero hacia la Ecumene. Ella guía a los cristianos de Europa hacia una mirada nueva sobre Cristo y sobre la unidad de su Iglesia. Además, ella hace posible afrontar con valentía las memorias cargadas de dolor, que no faltan en la historia europea, así como los lastres sociales de nuestra época, generalmente impregnada de un imperante relativismo. En todo tiempo ha habido hombres de oración, entre los cuales se encuentra un gran número de mártires de la fe, pertenecientes a todas las confesiones, que han sido los principales constructores de reconciliación y de unidad.

Nosotros, cristianos, debemos ser conscientes de nuestra tarea: hacer oír a Europa y al mundo la voz de aquél que dijo: “Yo soy la luz del mundo; quien me sigue no caminará en tiemblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12). Es responsabilidad nuestra hacer resplandecer ante los hombres y mujeres de hoy la luz de Cristo: no nuestra luz, sino la luz de Cristo. Imploramos de Dios la unidad y la paz para las personas en Europa, y declaramos nuestra disponibilidad a colaborar en un auténtico desarrollo social del continente en el Este y el Oeste. Durante el encuentro de Sibiu podrán emerger ciertamente indicaciones significativas para la continuación y la profundización de la especial vocación de Europa. Que ellas puedan ayudar a construir un futuro mejor para sus pueblos.

Deseo a la *Tercera Asamblea ecuménica europea* de Sibiu que sea capaz de realizar espacios de encuentro, de unidad en la legítima multiplicidad. En una atmósfera de confianza recíproca y de consciencia de que las raíces comunes se encuentran a un nivel mucho más profundo que el de nuestras divisiones, cae por sí misma la autosuficiencia, se supera la extrañeza y se experimenta espiritualmente el fundamento común de la fe. Europa tiene necesidad de lugares de encuentro y de experiencias de unidad en la fe guiadas por el Espíritu. Ruego a Dios para que con su Espíritu haga de vuestra Asamblea de Sibiu y lugar tal.

¡Qué la luz de Cristo ilumine el camino del continente europeo! El Señor bendiga a vuestras familias, comunidades, Iglesias y a todos aquellos que en cada región de Europa se profesan discípulos de Cristo.

Dado en Castel Gandolfo, 20 de agosto de 2007.

DIVERSIDAD RECONCILIADA EN UNA EUROPA UNIFICADA*

Primer Ministro,
Presidentes de la Conferencia de Iglesias de Europa y del
Consejo de Conferencias Episcopales Europeas
Eminencias, Excelencias,
Señoras y Señores:

Me complace participar en este importante evento y agradezco a sus organizadores el haberme invitado.

Es motivo de regocijo que esta asamblea se celebre en uno de los nuevos países-miembros de la Unión Europea, y estoy agradecido al gobierno de Rumania por su cordial bienvenida.

También deseo expresar al pueblo rumano y especialmente a los dignatarios y fieles de la Iglesia ortodoxa rumana mi sincera condolencia por el reciente fallecimiento de Su Beatitud, el Patriarca Teoctist. Quiero rendirle homenaje por su labor en la promoción del diálogo ecuménico y por la herencia espiritual, que ha legado al mundo cristiano.

Es un honor y un placer poder dirigirme a ésta importante Asamblea. Mi presencia aquí, como Presidente de la

* Traducción de la lengua italiana del Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho, UPSA.

Comisión Europea, en la Tercera Asamblea Ecu­ménica Euro­pea, dedica­da a Euro­pa, a las religio­nes y a las migra­cio­nes, refleja el compromiso que asume la inmensa comunidad cris­tiana en el proceso de integración euro­pea.

Considero que no es necesario demostrar la impor­tancia de la iniciativa lanzada en los años ochenta por la Conferencia de Iglesias Europeas, que condujo a la organi­zación de Asambleas Ecu­ménicas junto con las Conferencias Episcopales Europeas. Basta decir que la primera de esas asambleas hizo posible el primer encuentro de cristianos de toda Euro­pa, después del cisma de Oriente en 1054. También es suficiente mencionar que la *Carta Ecu­ménica* firmada en Estrasburgo en 2001, para dar seguimiento a la asamblea de 1997, es el documento ecuménico más ampliamente distri­buido y el más discutido en Euro­pa.

La Comisión Europea, siempre ha prestado atención al compromiso de las Iglesias cristianas, particularmente a la Conferencia de Iglesias Europeas, que desde su comienzo mismo ha acompañado y fomentado la gran aventura de reconstruir a Euro­pa. La Comisión Europea siempre ha estado comprometida en el diálogo fructífero con todas estas Iglesias.

Mi asistencia a esta reunión, en respuesta a la invitación de la Conferencia de Iglesias Europeas y de las Conferencias Episcopales Europeas, es un eslabón en la larga cadena de escucha y respeto mutuo entre la Comisión y las principales religiones establecidas en Euro­pa.

El tema de la unificación euro­pea que esta Asamblea está tratando tiene un significado simbólico profundo. Indudablemente, la enorme tienda (carpa) en la cual estamos reunidos hoy es un símbolo del espíritu de esta Asamblea.

Desde los inicios del monoteísmo, la tienda ha sido sím­bolo de la proverbial hospitalidad ofrecida por Abraham a los tres viajeros, como lo describe el Génesis. Puesto que Cristia­nos, Judíos y Musulmanes son considerados los hijos de Abra­ham, yo les agradezco afectuosamente su hospitalidad; usted­es me reciben hoy como a un viajero que viene de una esfera no-religiosa: el mundo de la actividad política euro­pea.

La razón por la cual me encuentro aquí para hablarles sobre el futuro de la Unión Europea, está también vinculada a la contribución específica de las Iglesias y las comunidades religiosas reconocidas expresamente por el Tratado de la Reforma. Volveré a recordarlo.

El papel de la religión en la vida pública es actualmente un tema de debate generalizado. Si consideramos que la política es inseparable de la ética -como yo creo-, entonces un marco institucional atento a todos los componentes de la sociedad debe escuchar cuidadosamente el mensaje de las religiones.

La contribución de las Iglesias al proceso de unificación europea es aún más pertinente, cuando surge de un espíritu ecuménico. El ecumenismo en sí mismo también es un movimiento de unificación, congrega sensibilidades, tradiciones y personas con diferentes convicciones religiosas y está abierto a todo el mundo. Pero también es un estado espiritual que expresa una llamada a la unidad de los pueblos. Así, el ecumenismo puede contribuir a consolidar los valores con los que se identifica un gran número de ciudadanos europeos.

El Papa Juan Pablo II, cuya preocupación por la reunificación del continente europeo ha sido ampliamente reconocida, era muy consciente de la necesidad de unir estrechamente las mayores comunidades y tradiciones cristianas de Europa, y de extender el espíritu ecuménico.

En 1980 declaró: *“Como cristiano e indudablemente como católico, no puedes respirar con un solo pulmón, necesitas los dos pulmones, llamémoslos concretamente el Oriental y el Occidental”*. Estos dos pulmones de un solo organismo son la tradición ortodoxa bizantina y la latina occidental, dos expresiones culturales inseparables.

En el contexto actual de la reunificación europea, ha sido muy sensato escoger a Sibiu para esta Tercera Asamblea Ecuménica, tras la ciudad protestante de Basilea y la católica Graz. Sibiu, la antigua ciudad alemana y *protestant Hermannstadt*, que hoy es mayoritariamente ortodoxa, es un caso ejemplar de integración, con la diversidad de grupos étnicos, de culturas y confesiones que ahora coexisten en esta “capital cultural europea”.

Debido a su posición geográfica y su larga tradición como punto de encuentro de diferentes pueblos y culturas, Rumanía podría contribuir de forma importante a mitigar los dolorosos recuerdos de conflictos que repetidamente han desgarrado los Balcanes.

Esta región, tan europea, con su diversidad cultural, étnica, lingüística y religiosa, debería convertirse en un canal de irrigación entre los dos pulmones, que dé aliento a nuestro futuro común y que ayude a sanar antiguas heridas causadas por los telones de acero, visibles e invisibles.

Para mí, esta región de Transilvania en la que estamos reunidos está asociada con el nombre y el trabajo del Premio Nobel, Elie Wiesel, nacido en Sighet, en el seno de una familia judía, donde tuvo lugar su educación seglar y religiosa. En el epígrafe de su trabajo (titulado “Hassidic Celebrations”) leemos la siguiente frase: *“Mi padre, un pensador progresista, creía en los seres humanos. Mi abuelo, un ferviente Hassid, creía en Dios. Uno me enseñó a hablar y el otro a cantar”*.

Tenemos que hacer realidad, que las diferentes expresiones de la dimensión cultural y espiritual humana coexistan en Europa. Que las odas a la alegría, sean sagradas o seculares, puedan interpretarse y resonar aquí. Debe hacerse posible la cohabitación entre los cantos seculares y los himnos religiosos, que se elevan en las iglesias, sinagogas, mezquitas y otros templos religiosos, sin olvidar las imponentes iglesias-fortaleza de Transilvania.

Las Iglesias y las Comunidades confesionales, pueden contribuir, y verdaderamente lo están haciendo, a un mejor entendimiento entre la gente, al promover el respeto mutuo en un marco de valores fundamentales compartidos. Como se indicó en el informe del grupo de alto nivel de la Alianza de las Civilizaciones, *“ la religión es una dimensión de creciente trascendencia en numerosas sociedades y es una importante fuente de valores para las personas. Puede jugar un papel primordial en la promoción y apreciación de otras culturas, religiones y formas de vida, además de contribuir a su armoniosa coexistencia”*.

Europa es y será cada vez más, un continente multiétnico, multi-cultural y multi-religioso. Una Europa unida y ahora más extensa comprende nuevas realidades, por ejem-

plo, un mayor número de comunidades: musulmana, hindú, budista y sij, lo cual le impone un rostro nuevo.

En lugar de dos bloques separados, la Europa reunificada forma uno solo y es el mismo organismo otra vez respirando con los “pulmones completamente inflados”, concretamente, con sus dos pulmones.

La compatibilidad intrínseca entre los diferentes elementos que nos permiten concebir el continente europeo como un todo orgánico es el producto de una identidad cultural común, basada en una serie de valores compartidos.

Como lo he dicho con frecuencia, los europeos tenemos profundas raíces heredadas de los pueblos y culturas que nos precedieron y tales raíces constituyen los valores europeos. Esta identidad común europea fue resumida, de forma admirable por el poeta Paul Valéry, quien definió el espíritu europeo como el resultado de un triple legado, expresado en la triada “Atenas, Roma y Jerusalén”, a saber: filosofía, ley y religión; la triada de la razón, la ley y la moralidad, que fueron el origen de lo que hoy llamamos “civilización europea”.

En la historia de esta civilización, la cristiandad con sus varias confesiones ha sido una fuerza unificadora, que ha hecho posible incorporar las diferentes contribuciones de los pueblos celtas, germánicos y eslavos, como también la mayor contribución de la cultura islámica.

Así, Europa está muy unida al humanismo y la democracia, las cuales ha “inventado”. El respeto por la diversidad, la apertura hacia los demás y la tolerancia tienen sus profundos orígenes en la cultura europea. Ellas son nuestro distintivo. Pero el respeto por la diversidad se apoya en un respeto más profundo por los principios, en los cuales la Unión Europea no puede transigir: libertad de expresión, libertad de religión y libertad de creación. Como tampoco podemos negociar nuestra firme oposición a la pena de muerte, que es completamente contraria a nuestro esquema de valores.

Los creadores de lo que se convirtió en la Unión Europea no desconocían esta cultura humanista. Europa es, primero y lo más importante, una obra legítima “a nivel del ojo humano”, como lo planteó un gran europeo, Denis de Rougemont.

Una Unión definida solamente por sus dimensiones geográficas y económicas carecería de unidad. Solamente el compartir valores puede poner carne al esqueleto de una entidad política, como lo es la Unión Europea, que fue concebida como una comunidad de valores, no como una asociación basada simplemente en intereses comunes. Una comunidad de valores que adquiere forma en la diversidad de culturas y en el enriquecimiento mutuo de tradiciones en el marco de una Europa extendida y abierta, capaz de construir puentes hacia otras regiones del mundo y de mantener el diálogo con otras culturas y religiones. En resumen, una comunidad de valores que toma forma en una comunidad de individuos, de familias y de pueblos, pero también en instituciones y políticas concretas.

La Unión Europea, sus instituciones y sus políticas comunitarias, son los mejores instrumentos para que cada Estado miembro haga escuchar su voz y ratifique sus valores ante el mundo.

¿Cuál es la misión de la Unión Europea en el siglo XXI?

Europa debe promover el desarrollo económico y social, enfrentar los retos de la globalización, y al mismo tiempo, preservar la identidad de los pueblos europeos y respetar su diversidad. También debe garantizar la seguridad y protección de los ciudadanos.

Pero Europa también tiene una mayor trascendencia. Debe defender los valores que son más próximos a los corazones de los europeos, y hacerlos brillar: la dignidad humana, la libertad, la solidaridad, la tolerancia, la justicia social, y el imperio de la ley. Estos también forman un pilar inquebrantable en el desarrollo de Europa.

El mundo está cambiando rápidamente y Europa necesita evolucionar en armonía con él. El siglo XXI tendrá que afrontar su propia carga de desafíos. Particularmente, pienso en los cambios climáticos y demográficos además de la protección de los recursos energéticos.

Para hacer frente a estas amenazas, la Unión Europea debe mejorar el funcionamiento de sus instituciones y métodos de trabajo. Se tiene que modernizar. Con la nueva modificación del tratado, la Unión Europea puede defender y

promover sus valores comunes e intereses vitales por todo el mundo.

¿Qué mejor manera de celebrar el 50º aniversario del tratado de “fundación” que proporcionarle un sucesor que pueda hacer frente a los retos de un nuevo siglo, mientras permanece fiel a los principios y valores de sus padres fundadores?

Entre los avances más significativos que se esperan del futuro acuerdo desearía se hiciera énfasis en un mejor funcionamiento de las instituciones, que harán una Europa más democrática, más transparente y más eficiente. En particular el Parlamento Europeo, que obtendrá el poder de compartir la toma de decisiones, los ciudadanos comunes adquirirán el derecho de tomar iniciativas, el voto se extenderá a la mayoría cualificada, y habrá nuevas posibilidades para mejorar la seguridad de los ciudadanos, al igual que les abrirá nuevas áreas de competencia en los campos de la energía, el medio ambiente, salud, protección y justicia.

El Parlamento Europeo y los Parlamentos Nacionales verán que sus funciones se han fortalecido, que la mayoría cualificada puede ahora tomar decisiones en más de 40 áreas. Gracias a la iniciativa de los ciudadanos, un millón de ellos puede ahora pedir a la Comisión que ponga en marcha una iniciativa que es de especial interés para ellos y, finalmente, será más fácil saber qué hace cada quién a nivel nacional y europeo.

La Carta de los derechos fundamentales, también tendrá un papel restrictivo. La Unión estará más capacitada para responder a cierto número de preguntas que preocupan a los ciudadanos. Especialmente estoy pensando en los asuntos concernientes a los cambios climáticos y la seguridad de los recursos energéticos, que se están convirtiendo en la prioridad básica de la Unión. O de la “cláusula de solidaridad” entre la Unión y los estados miembros en caso de desastres naturales, por ejemplo.

La dimensión religiosa también está presente en el tratado, y el diálogo que la Unión Europea ha mantenido con las Iglesias y organizaciones no confesionales, particularmente a través de la Comisión, ahora ha tomado claramente un carácter “abierto, transparente y regular”.

Finalmente, cuando llegue a la cohesión externa, la Unión Europea hablará cada vez más con una sola voz, especialmente a través del nuevo Alto Comisionado de la Unión para Asuntos exteriores y políticas de seguridad. Entonces, Europa estará más habilitada para moldear su propia globalización y darle una mayor apariencia humana y europea.

Todas las innovaciones harán posible poner en marcha las políticas que mejor correspondan a las expectativas y aspiraciones de los ciudadanos europeos.

De hecho el tratado es absolutamente esencial y representa un buen balance entre ambición y realismo político.

Estoy convencido de que Europa puede contar con vuestra aportación para superar estas divisiones y alcanzar la deseada unidad en la diversidad, o retornar a una expresión usada con frecuencia en el contexto ecuménico: “diversidad reconciliada”.

Les agradezco su atención.

EXMO. SR. JOSÉ MANUEL BARROSO
Presidente de la Comisión Europea

CONTEMPLAMOS EL ANTICIPO LUMINOSO DE LA UNIDAD EN EL ESPIRITU*

1. *¡El Espíritu Santo es la novedad cristiana!* Lo es en Cristo Jesús. Y la hora de esta radical novedad es su cruz, con la que el *éschaton*, el mundo nuevo y futuro, irrumpe en nuestro tiempo, haciendo estallar nuestras tumbas, signos de sufrimiento y de muerte. Pero ya antes de Pascua, en la vida terrena de Jesús, actúa el Espíritu de Dios a través de los signos de vida que realiza Jesús. Manifiesta, en particular, la belleza de su luz divina en el extraordinario y singular acontecimiento de la transfiguración.

Nos preguntamos: *¿es también el Espíritu la novedad para la vida de la Iglesia?* ¿Qué es lo que en ella realiza el Espíritu? Para discernir hoy su acción, es preciso fijar la mirada en lo que realizó en la vida del Señor. Escuchemos ahora el relato evangélico de la transfiguración de Jesús.

2. “Subió Jesús al monte para orar” (Lc 9, 28). Y puntualiza Lucas que, precisamente mientras oraba, se transformó su rostro y sus vestidos se volvieron blancos y refulgentes (cf. 9, 29). Su *cuerpo transfigurado* manifestó hallarse *inhabitado por la shekinah*, por la presencia de Dios en medio de nosotros. En su vida cotidiana el cuerpo de Jesús aparecía como

* Traducido del original en lengua italiana por el Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho, UPSA.

el de cualquier otro ser humano. ¿Por qué, precisamente en este momento de oración manifestara la luz de su “gloria”?

El evangelista resalta que Jesús sube al monte ocho días después del primer anuncio de su *pasión y resurrección*. El Señor ha comenzado a desvelar los acontecimientos que le esperaban, así como las condiciones esenciales para seguirle (cf. Lc 9, 18-27). En ese momento, durante su oración en el monte, aparece conversando espiritualmente con Moisés y Elías sobre la muerte que iba a consumir en Jerusalén (cf. Lc 9, 31). En la escucha orante que escruta las Escrituras del antiguo y primer Testamento, capta Jesús el sentido profundo de la *Torah* y los Profetas, y lo transfigura según la novedad del Espíritu Santo. Jesús está ya talmente entregado a ser una sola cosa con el Padre que se hace transparente a la luz de su amor. *Y el amor de Dios nos está dando al Hijo para nuestra salvación*. El Espíritu irradia la luz de este amor. Irradia la alegría del Padre sobre el cuerpo transfigurado del Señor en la oración.

3. También la Iglesia de Dios, como el cuerpo terreno de Cristo, aparece durante su trayectoria histórica marcada por los límites de nuestra humanidad. Pero no se puede reducir a lo que ordinariamente ella puede aparentar. *Inhabitada por la presencia del Hijo de Dios, la Iglesia es su cuerpo*. Si (y cuando) ella asume las mismas opciones evangélicas de su Señor, el cuerpo que vive en la historia queda como transfigurado e irradia la luz de la gloria divina. *Una asamblea ecuménica* que, como Jesús, sabe retirarse para orar y para escuchar la palabra revelada en la unidad de ambos Testamentos, y que trata de abrirse a la comunión con Dios y con todos sus hijos, *deja transparentar la luz divina del Espíritu* que la inhabita y la transfigura.

Esta nuestra Asamblea ecuménica, reunida en Sibiu, es la única Iglesia del Señor. Por fatigoso y controvertido que parezca el itinerario histórico del movimiento ecuménico, bien podemos nosotros aquí vivir una experiencia similar a la del monte Tabor. Quien, como Pedro, Santiago y Juan, responden a la llamada del Maestro a orar con él, sin dejarse vencer por la pesadez del sueño (cf. Lc 9, 32), puede llegar a contemplar la *belleza de la comunión universal*. Ella nos ha sido ya dada en Cristo, y el Espíritu de Dios suscita la percep-

ción en el corazón de quien entre nosotros sabe decidirse a realizar el sacro itinerario (cf. Sal 84, 6) siguiendo al Señor (cf. Lc 9, 51).

El itinerario de quien buscan la unidad es un éxodo de sí mismo. Significa subir a Jerusalén que, como para Cristo, es ciudad de la oblación, no meta de devotos peregrinos ni de triunfos mundanos. Exige el coraje del don de sí mismo, de saber perderse para encontrarse después (cf. Mc 8, 35) en la única y verdadera identidad de todo cristiano, que no es sino la del mismo Cristo que vive en él (cf. Gal 2, 20). La *profunda identidad del cristiano* no es étnica, ni cultural, ni confesional. Es *escatológica*, porque en Cristo somos *ya*, aunque *todavía no* plenamente, hijos de Dios (cf. 1 Jn 3, 2). Para los tiempos últimos del cristiano está siempre en vigor el adagio patrístico: *llega a ser lo que eres*. Tal es la índole escatológica de la Iglesia peregrinante hacia el Reino, en su camino misionero y ecuménico.

Mientras Pedro balbucea la propuesta de las tres tiendas, desciende la voz del cielo: “Este es mi Hijo, el elegido, escuchadle” (Lc 9, 35). Es a Cristo y a su venida histórica, a quien hoy se ha de contemplar y prestar atención. No a las cosas del pasado, a las controversias eclesiológicas, a nuestros deseos mundanos. La *conversión*, a que las Iglesias están llamadas, *consiste en acoger “las cosas nuevas” que el Señor está realizando*: “Ahora precisamente están germinando, ¿no os dais cuenta?” (Is 43, 19). No se trata de ignorar un pasado, que seguirá pesando mientras no se cierren las heridas. Se trata de dar lugar a la nueva acción del Espíritu. Las Iglesias deben dar su voz a la humanidad y a toda la creación, que gime con dolores como de parto (cf. Rom 8, 22-23), gritando unánimes: “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22, 20). El Espíritu suscita la espera del Señor que viene...

Sin el Espíritu y sin la espera, la *Iglesia* es solamente una organización religiosa de este mundo, el *ecumenismo* una simple actividad diplomática en busca de éxitos en las relaciones bilaterales, la *unidad* mera y sucesiva realización de un “modelo de Iglesia” que se impone sociológicamente... Es *el Espíritu* quien vivifica y transfigura: él hace de la *Iglesia* un icono de la comunión trinitaria vivida en la libertad de la fe, quien hace del *ecumenismo* la iniciativa interior que convierte los corazones a Dios y los reconcilia en Cristo, quien

convierte la *unidad* en el acontecimiento celebrado de forma multilateral y contemporánea por todas las Iglesias juntas.

Tal acontecimiento es “imposible para los hombres, mas no para Dios” (Mc 10, 27). En su día lo veremos todos, como los discípulos vieron el de la Pascua. Pero como tres de estos discípulos degustaron la visión del cuerpo transfigurado de Jesús, también hoy, en Sibiu, tenemos nosotros el privilegio de contemplar un luminoso anticipo de la unidad en el Espíritu.

En esta etapa del camino ecuménico, aunque sólo sea por breve tiempo, ante nuestro ojos aparece la Iglesia transfigurada con la misma luz de Cristo: *Deo gloria*.

DIONIGI CARD. TETTAMANZI
Arzobispo metropolitano de Milán

VISIONES SOBRE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

*Panel segundo del FORUM «UNIDAD»
Sibiu, miércoles, 5 septiembre 2007. Plenaria*

1. La unidad visible de la Iglesia es el objetivo y meta del ecumenismo en sus diversas formas: teológico, espiritual y pastoral. En el camino hacia esta meta, con frecuencia surge el desaliento, tanto en las Iglesias como los cristianos particulares, ante las dificultades que se van presentando para la consecución de unidad visible.

2. La voluntad ecuménica de todos ha llevado a las instancias ecuménicas de las Iglesias a idear formas o «modelos» de unidad que sólo parcialmente contemplan la unidad visible como unidad orgánica plena en cuanto unidad de «doctrina y sacramental», con reconocimiento recíproco del ministerio ordenado tanto en su naturaleza teológica como en su estructura. Entre los modelos de unidad propuestos a lo largo de los últimos cuarenta años hay que mencionar como más significativos:

- *Modelo conciliar de la unidad* (Fe y Constitución, Salamanca 1973)¹.

¹ Cf. documento y ponencias: FAITH AND ORDER COMMISSION, *What Kind of Unity?* (Ginebra: WCC Publications 1974); vers. española: *Diálogo ecuménico* 9 (1974) 179-346.

- *Unidad en la diversidad reconciliada* (Concordia de Leuenberg 1973)².

3. Más recientemente la unidad de la Iglesia ha encontrado en la «*eclesiología de comunión*» una pieza fundamental para la aproximación a la unidad visible de la Iglesia y para su progresiva realización³. El concepto de «*koinonía / com-*

² El modelo de «unidad en la diversidad reconciliada» basado en la *Concordia de Leuenberg* es particularmente apoyado por la Federación Luterana Mundial, y ha encontrado una cierta aceptación en las Iglesias de esta Comunión. Véase el punto de vista del teólogo luterano RAISER, K., «Modelos de unidad: debate de los años 70 y consecuencias para hoy», *Diálogo ecuménico* 23 (1988) 301-322. Se comprende que los diversos modelos, y éste en particular, hayan sido tenidos en cuenta en el diálogo teológico bilateral católico-luterano; véase GEMEINSAME RÖMISCH-KATHOLISCHE / EVANGELISCH-LUTHERISCHE KOMMISSION, *Einheit vor uns. Modelle, Formen und Phasen katholisch-lutherischer Kirchengemeinschaft* (Paderborn / Francfort M. 1985) = COMISIÓN MIXTA CATÓLICO ROMANA / EVANGÉLICO LUTERANA, *Ante la unidad. Modelo, formas y etapas de la comunión eclesial luterano-católica* (1985). Ed. de A. GONZÁLEZ MONTES. BÆS 13 (Salamanca 1988); documento incluido en GONZÁLEZ MONTES, A. (ed.), *Enchiridion oecumenicum* 2. BÆS 19 (Salamanca 1993), nn. 520-738.

³ La llamada «eclesiología de comunión» no se puede atribuir como propuesta conscientemente sistematizada al Vaticano II, pero encuentra en él el horizonte de partida; se ha de atribuir mejor, dentro de la teología católica, al desarrollo de la eclesiología postconciliar, en el cual representa una instancia significativa la sesión extraordinaria del Sínodo de los Obispos de 1985, con motivo de los veinte años de la clausura del Vaticano II. Sobre la exploración de este horizonte conciliar y lo emanado de él puede verse PIE-NINOT, S., *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana* (Salamanca 2007) 75-98 («*La síntesis teológica del Vaticano II. Opción por la eclesiología sacramental de comunión*»). La eclesiología de comunión ha encontrado eco propio, dentro de la tradición ortodoxa. Del mismo modo su influencia sobre los diálogos bilaterales católico-ortodoxo y anglicano-católico. También en otros diálogos. Representativa de la eclesiología de comunión es la obra del teólogo y ecumenista católico J. M. TILLARD, *Église d'Églises. L'ecclésiologie de comunión* (París 1987). Una síntesis de la postura ortodoxa puede verse en la ponencia en la Vª Asamblea de Fe y Constitución (Santiago de Compostela 1993) del Metropolitano I. D. ZIZIULAS, «La Iglesia como comunión. Exposición sobre el tema de la conferencia», *Diálogo ecuménico* 29 (1994) 305-318; cf. la obra citada del teólogo ortodoxo *El ser eclesial* (1985; vers. española cit. 2003). Del diálogo católico-ortodoxo hay que destacar la Relación de Munich «*El misterio de la Iglesia y de la Eucaristía a la luz del misterio de la Santísima Trinidad*» (1982); A. GONZÁLEZ MONTES (ed.), *Enchi-*

munio» abarca amplios espacios o áreas de acción eclesial en las cuales la Iglesia está llamada a realizar su unidad visible. La Vª Asamblea Mundial de Fe y Constitución (Santiago de Compostela 1993) definió tres campos de realización de la comunión eclesial: fe, la vida y testimonio de los cristianos⁴.

4. Las Asambleas ecuménicas de Europa han estado marcadas por una voluntad definida de *comunión en el testimonio*. La *Asamblea de Basilea* (1989)⁵, en el campo de la responsabilidad pública de la fe y el compromiso de los cristianos por la justicia, la paz y la creación. La *Asamblea de Graz* 1997⁶, por una decidida voluntad de reconciliación entre las naciones de Europa y el diálogo entre las culturas y con el judaísmo y el Islam. Las asambleas han tenido su propio contexto social y político, más aún, han estado afectadas por la presión y el reto inevitable que para las Iglesias representaba este contexto.

5. En esta *Asamblea de Sibiu* 2007 las Iglesias se sienten particularmente motivadas a volver sobre la meta del ecume-

ridion oecumenicum 1. BCES 12 (Salamanca 1986), nn. 1.152-1.173; y del diálogo anglicano-católico la Relación «*La Iglesia como comunión*» (1990): *Enchiridion oecumenicum* 2, nn. 40-109. Sobre la eclesiología de comunión desarrollada en el diálogo anglicano-católico véase la reciente investigación de COMPTE VERDAGUER, D., *La Iglesia como comunión. Desarrollo de un concepto conciliar y su recepción en el diálogo anglicano-católico*. Tesina de licenciatura en Teología (Universidad Pontificia de Salamanca 2004).

⁴ BEST, TH.-GASSMANN, G. (ed.), *On the Way to Fuller Koinonia. Official Report of the Fifth World Conference on Faith and Order*. Faith and Order Paper n° 166 (Ginebra: WCC Publications 1994). Cf. Cf. la vers. española de los documentos de la Vª Conferencia de Fe y Constitución en *Diálogo ecuménico* 28 (1993) 387-434; y las «*Relaciones, ponencias y sermones de la Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución*». Santiago de Compostela 1993» en *Diálogo ecuménico* 29 (1994) 207-404.

⁵ Cf. COMITÉ ESPAÑOL DE COOPERACIÓN ENTRE LAS IGLESIAS / CENTRO ECU-MÉNICO »MISIONERAS DE LA UNIDAD» (ed.), *Paz con justicia. Documentación oficial de la Asamblea Ecuménica Europea. Basilea, 15-21 mayo 1989* (Madrid 1990).

⁶ Cf. CCEE / KEK (ed.), *Réconciliation, don de Dieu et source de vie nouvelle. Documents du Deuxième Rassemblement Œcuménique Européen à Graz* (Graz-Viena-Colonia 1998). Cf. vers. española de la Relación final de Graz: KEK / CCEE (ed.), *Reconciliación: don de Dios y fuente de nueva vida. Segunda Asamblea Ecuménica Europea. Graz 1997* (Madrid 1997).

nismo cristiano, la unidad visible de la Iglesia, voluntad de Cristo y don del Espíritu Santo que mueve y alienta nuestra común voluntad y acción ecuménica. Por eso, les propongo una consideración de la unidad visible como tarea ineludible bajo la luz poderosa de Cristo Resucitado, que se proyecta sobre las Iglesias donde su presencia ilumina la vida de los cristianos, sobre la «casa común» de Europa donde habitamos, y sobre el mundo, al que la Iglesia una es enviada para iluminar el destino de la humanidad incorporando a los seres humanos a Cristo y haciéndoles partícipes de la vida divina. Nuestro testimonio de fe “*para que el mundo crea*” (Jn 17, 20) no podrá nunca ser completo mientras la unidad visible de la Iglesia no sea realidad consumada.

6. La unidad de la Iglesia es una *nota constitutiva* de su realidad teológica y emana de la unidad de la Trinidad santísima, de la *koinonía trinitaria*⁷. La incorporación a la unidad trinitaria emana del acto redentor de Cristo y su realización acontece mediante la inserción de cada creyente en la vida divina que por la redención de Cristo llega mediante la participación en la Eucaristía. Se comprenderá que sólo por la reconstrucción de la unidad eucarística de la Iglesia se pueda manifestar el misterio de la unidad de la Iglesia en su plenitud; y en la misma medida sólo por esta recomposición eucarística alcanzará a hacerse visible la catolicidad de esta unidad⁸. No obstante, la doctrina católica del Vaticano II declara que la unidad de la Iglesia «*una sancta*» de Cristo se da de diversos modos y grados en las Iglesias históricas; y que según la conciencia de fe de la Iglesia católica la plena presencia de la Iglesia de Cristo «*una sancta*» se da sólo cuando de una Iglesia se puede afirmar que tiene plenitud de medios de salvación conforme a la voluntad de Cristo. Todos somos conscientes de cómo esta unidad inherente a la misma condición de Iglesia es realidad tangible en nuestra propia Iglesia,

⁷ Cf. VATICANO II: Constitución dogmática *Lumen gentium* [LG], n. 4; Decreto sobre el Ecumenismo *Unitatis redintegratio* [UR], n. 2. Cf. las fuentes patrísticas de la afirmación conciliar: SAN CIPRIANO, *De orat. Dom.* 23: PL 4,553; SAN AGUSTÍN, *Serm.* 71, 20, 33: PL 38, 463s; SAN JUAN DAMASCENO, *Adv. Iconocl.* 12: PG 96, 1358 D.

⁸ Cf. ZIZIOULAS, I. D., *El ser eclesial. Persona, comunión, Iglesia* (1985; Salamanca 2003) 157-183.

y todos tenemos conciencia de cómo disentimos sobre su plenitud y deficiencia en las diversas Iglesias históricas⁹. Por eso no tenemos la unidad visible como realidad lograda, aunque cada Iglesia considera «confesionalmente» que está en la unidad eclesial que funda Cristo y realiza su Espíritu, que es el “*principio de la unidad de la Iglesia*”¹⁰. Por eso también, las Iglesias no podrán avanzar hacia la meta de la unidad visible si no avanzan en la convergencia y *unidad confesional de la fe, que incluye la misma naturaleza teológica de la Iglesia*. Los *diálogos bilaterales* entre las grandes Comuniones eclesiales han avanzado considerablemente en algunos casos hacia la unidad confesional de la fe; se han dado pasos de gran trascendencia para la reconstrucción de la unidad. Hemos de proseguir en este camino, aunque sea difícil. El horizonte confesional que marcó el documento *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* [BEM] de Fe y Constitución (Lima 1982) ha supuesto un notable avance hacia una convergencia *multilateral* hacia la unidad en la confesión de la fe y la reconstrucción de la unidad sacramental de la Iglesia. Ha acercado a las Iglesias hacia un concepto común de unidad visible de la Iglesia¹¹.

7. Las dificultades para avanzar son reales. Influyen factores que podemos tipificar:

a) Los *factores internos*, provenientes de la historia de separación y de la configuración social, cultural y estructural de cada confesión cristiana, que han generado *tradiciones dogmáticas y eclesiales diversas y divergentes*. La grave cuestión de los ministerios no puede obviarse apelando a la diferencia de tradiciones, si es que el ministerio ordenado afecta

⁹ Esta apreciación católica ha sido recordada recientemente a propósito de la interpretación del texto conciliar de LG, n. 8 («*subsistit in Ecclesia catholica*»), porque sólo en la declaración veraz de la propia conciencia eclesial de estar en la verdad es posible avanzar en el diálogo teológico, aunque sea doloroso declarar esta conciencia de verdad. Cf. CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, *Responsa ad quaestiones de aliquibus sententiis ad doctrinam de Ecclesia pertinentibus* (Vaticano, 29 de junio de 2007): *Quaeritur* n. 2.

¹⁰ VATICANO II: UR, n. 1.

¹¹ Cf. *Baptism, Eucharist and Ministry 1982-1990. Report on the Process and responses*. Faith and Order Paper 149 (Ginebra: WCC Publications 1990).

a la realidad teológica de la Iglesia en su sustancia. La cuestión de la apostolicidad de la Iglesia se halla directamente relacionada con la cuestión del ministerio sagrado. En ello coinciden confesionalmente ortodoxos y católicos afirmando que en esta cuestión se halla afectada la naturaleza de la Iglesia. Está, en efecto, en juego la realidad dogmática del ministerio ordenado y particularmente la «institución divina» del episcopado¹²; y hacia una convergencia recíprocamente reconocida ha querido caminar el diálogo católico-anglicano, tropezando, no obstante con dificultades graves nada fáciles de obviar.

b) A estos factores internos hay que añadir, además, los *factores externos* a las Iglesias, provenientes de la cultura, del pensamiento “correcto”, social y político, de nuestros días, que incluye una nueva ideología del pluralismo promovida por este modelo de “pensamiento débil” actual, difundido por los poderosos medios de comunicación en toda Europa. Un pensamiento que amenaza la tradición cristiana de la cultura europea dando cauce a un laicismo beligerante y agresivo que quisiera silenciar el hecho cristiano negando un estatuto público para las Iglesias. Si se silencia a las Iglesias, no sólo estará en juego la presencia pública de la Iglesia en la nueva sociedad europea¹³, sino aquello mismo que la haría posible de un modo mucho más significativo para la sociedad: su *unidad visible*. Las Iglesias están llamadas a contribuir en la reconstrucción de la nueva sociedad europea recuperando la tradición cristiana reprimida como aliento espiritual de su regeneración y proyección evangélica sobre el mundo; para ello han de trabajar unidas en la nueva evangelización y dar

¹² Véase mi contribución GONZÁLEZ MONTES, A., “El ministerio episcopal en el diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Comunión anglicana”, en PENA GONZÁLEZ, M. A. *et alii* (ed.), *Gozo y esperanza. Memorial Prof. Dr. J. Ramos Guerreira* (Salamanca 2006) 529-557.

¹³ Cf. mi contribución sobre el problema de la presencia pública de la Iglesia en una sociedad gestionada por un Estado laico y en el contexto europeo: GONZÁLEZ MONTES, A., «Iglesia católica y Estado laico», en VÁZQUEZ GARCÍA-PEÑUELA, J. M^a (ed.), *Los concordatos: pasado y futuro. Actas del Simposio Internacional de Derecho Concordatario. Almería 12-14 de noviembre de 2003* (Granada 2004) 199-220.

cauce a su presencia orgánica e institucional en Europa, sin perder de vista la meta de su propia unidad visible¹⁴.

8. Estos y otros factores bloquean el camino hacia la unidad visible, y constituyen un reto que las Iglesias han de superar sin sucumbir al espíritu del mundo. Cristo oró para que sin salir del mundo fuéramos “*preservados del Maligno*” (Jn 17, 15). Como se dice en el documento de Fe y Constitución «*Naturaleza y Finalidad de la Iglesia*» (1999): “Mientras los cristianos tengan concepciones diferentes de lo que constituye la unidad visible, la *koinonía* (comunidad) no podrá realizarse plenamente y deberán perseverar en sus esfuerzos para alcanzar una concepción común” (n. 60)¹⁵. La misma eficacia del testimonio común queda disminuida por esta falta de unidad en la concepción de la unidad de la Iglesia. En tanto se logra, las Iglesias han de potenciar los elementos de esta unidad ya compartidos (confesionales, sacramentales y orgánicos) y obrar en consecuencia dentro y fuera de las Iglesias. Elementos que nos son comunes por la tradición común de fe y aquellos otros que son logros del ecumenismo. Sólo así avanzarán hacia la unidad visible.

Mons. ADOLFO GONZÁLEZ MONTES, católico
Obispo de Almería (España)
Presidente de la Comisión Episcopal
de Relaciones Interconfesionales

¹⁴ He reflexionado sobre esta cuestión en el contexto del debate sobre la propuesta de una Constitución para Europa en GONZÁLEZ MONTES, A., «Las Iglesias y las Comunidades eclesiales en la construcción de Europa», en BARRIO, J. *et alii*, *Fe cristiana y futuro: Fundamentos y horizontes de la cultura europea. V Jornadas de Teología del Instituto Teológico Compostelano*. Coll. Scient. Comp. 17 (Santiago de Compostela 2005) 189-211.

¹⁵ Cf. FAITH AND ORDER COMMISSION, *The Nature and Purpose of the Church. A Stage on the Way to Common Statement*. Faith and Order Paper n° 181 (Ginebra: WCC Publications 1999); texto español: FE Y CONSTITUCIÓN DEL CONSEJO ECUMÉNICO DE LAS IGLESIAS, *Naturaleza y finalidad de la Iglesia. Una etapa en el camino hacia una afirmación común* (1999), en *Diálogo ecuménico* 36 (2000) 303-357.

LA LUZ DE CRISTO ILUMINA A TODOS. ESPERANZA PARA LA RENOVACIÓN Y LA UNIDAD DE EUROPA *

Los cristianos de Europa tienen, durante estos días, una gran ocasión para mirar juntos hacia nuestro continente en el mundo; a condición de no concebir esta asamblea de Sibiu como un simple acto ritual. Hace diez años, en Graz, hacía poco tiempo que había caído el muro: fue la asamblea cristiana de la Europa unificada. ¡Era un momento de entusiasmo! Hoy el mundo ha cambiado. El futuro es menos halagüeño. Por aquí y por allá se percibe una cierta dosis de escepticismo, también sobre esta Asamblea: ¿y para qué sirve?

Nos enfrentamos a grandes cuestiones: nos las plantea el mundo y nos obligan a proyectar la mirada más allá de nosotros mismos: cómo renovar la vida de Europa, cómo avanzar en la unidad, cómo ser en el mundo una presencia humana y evangélica... y luego cuál será el mundo de mañana (que, ciertamente, será un mundo menos europeo y menos dominado por Europa). Pero, frecuentemente, nos limitamos a centrar la mirada en nuestro país o en nuestra comunidad. Cada comunidad tiene, obviamente, sus problemas. Pero no basta. Los desafíos de hoy se extienden a vastos horizontes.

* Traducción del texto en italiano por el Prof. Dr. F. Rodríguez Garrapucho.

El mundo globalizado está exigiendo ensanchar la mirada. No significa una mirada plana sobre modelos de una cultura globalizada. Se precisa una mirada cristiana, audaz, como la de las primeras generaciones cristianas, capaz de trascender el particularismo, que no es, en el fondo, sino miedo al mundo y desconfianza en la fuerza del Evangelio. En tierra de samaritanos, junto al pozo de Jacob, dice Jesús a los discípulos, enredados en pequeñas discusiones: “Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos y ved las mieses amarillas para la siega” (Jn 4, 35).

Yo quisiera hacer la prueba de levantar los ojos y contemplar los campos del mundo. Quisiera hacerlo consciente de mi limitada experiencia, como cristiano europeo, como historiador, como viajero por las vicisitudes del mundo, guiado sobre todo por la experiencia de la Comunidad de san Egidio, en contacto con muchas tierras de pobreza. En comparación con las restantes partes del mundo, salta a la vista una Europa rica en recursos. Entre ellos, sobre todo el de la paz: la preciosa herencia de sesenta pacíficos años. En el siglo XX, entre las dos guerras mundiales solamente transcurrieron veinte años. Después volvió la guerra en 1939. Yo, italiano nacido en 1950 –así digo también mi edad–, jamás en mi vida he conocido una guerra en mi patria. No fue así la historia de mis padres o de mis abuelos. Es el gran do de la paz.

A partir del abismo de la segunda guerra mundial finalmente los europeos han aprendido lo insensato que es pelearse. ¡Cuántos años robados a mujeres, niños, hombres, por guerras absurdas, por inauditas violencias, estragos! A partir del abismo de la segunda guerra mundial los europeos han comprendido: ¡nunca más los unos contra los otros, y siempre más los unos con los otros! De ahí el proceso de unificación europea, aunque no exento de incertidumbres y reticencias. El año 1989 canceló la herencia de la división de 1945. La liberación del comunismo no se debió a una fuerza armada contra regímenes fundados en la violencia o la coacción. Por desgracia, ha tenido lugar las guerras de la ex-Yugoslavia. Sin embargo, hoy, en nuestro continente hay paz, junto a un repartido bienestar (de muy elevados niveles en algunos países, con más o menos elevadas áreas de pobreza en otros). La paz y bienestar... La paz europea ha podido parecer normal a

los jóvenes; pero es extraordinaria en nuestra secular historia. ¡Es una bendición de Dios y un don sagrado!

Pero, ¿qué hacer con esta herencia de paz? Se percibe la tentación de dilapidarla, como se hace con una herencia: sí dilapidarla con la insurgente pasión nacionalista. Es una postura antihistórica: la mayor parte de los países europeos –pequeños o medianos– no pueden afrontar por sí solos los grandes retos del mundo, la confrontación con las economías y las culturas de los grandes países asiáticos como China e India. Las pasiones nacionalistas nos vuelven ciegos ante la realidad. Hoy nacen, no tanto de una voluntad de dominio sobre los demás, cuanto de la aspiración a vivir sólo para sí mismos.

Hay otra manera de dilapidar la paz, herencia de tantos dolores y fatigas en el siglo XX: el sueño de una Europa fortaleza, que levanta muros en sus fronteras. Pero si se alzan los muros como defensa, tornarán los demonios del siglo XX, los de las luchas fratricidas. Los muros nacen del miedo ante un mundo que ha llegado a ser demasiado grande, con demasiados protagonistas, dinámicos y poderosos. Nuestra historia europea no ha sido la de una fortaleza, sino la de una extroversión del continente: ligado al mundo asiático, unido a África y al Medio Oriente del Mediterráneo, asomado a los horizontes atlánticos. Historia conquistadora del imperalismo, con sus secuelas negativas; historia misionera.

Por eso Europa no puede convertirse en una isla protegida como una fortaleza. Los europeos estamos tentados de retirarnos de la historia: con la excusa, tal vez, de hacer mal como en el pasado. ¡Estamos preocupados! No somos ya lo que fuimos. Hay una debacle: lo evidencian las proyecciones demográficas. Los mismos cristianos europeos en 2025 serán en su conjunto menos que los africanos o los latinoamericanos. Pero se da también un vacío en la visión del futuro. La política a menudo queda reducida al realismo de un gobierno financiero. En las últimas décadas ha visto Europa cómo iban consumiéndose ideas políticas y sociales: la utopía, la ideología marxista, ideas sobre cambio de la sociedad... Frente al futuro, todos se han vuelto más cautos y más prudentes.

Hace treinta años, el elegido papa Juan Pablo II dijo con voz profética: “¡No tengáis miedo!”. Repetía con nueva con-

vicción la antigua invitación pascual: algo que resalta toda la Biblia, frente al miedo que embarga gran parte de la historia del hombre y de los pueblos. Renunciar a la acción abierta en el gran mundo, levantando muros, no suprime el miedo. No lo hace desvanecerse la droga nacionalista del orgullo de nuestra civilización. No es buscando enemigos en el horizonte como se muestra el coraje de ser sí mismos: fácil opción que incluso pudiera invocar el cristianismo como bandera contra eventuales enemigos. Los europeos no somos hoy lo que fuimos, pero no por eso debemos dejarnos engañar por pasiones engañosas o evadirnos de la historia. No somos lo que fuimos. Pero ¿qué seremos?

Seremos lo que nosotros, mujeres y hombres, seamos capaces de vivir y de comunicar. Europa está confusa y asustada, rica en paz y bienestar. ¿Y nosotros, cristianos europeos? Luz para nuestros pasos es la Palabra del Señor: la escucha de la Palabra nos señala un camino. Jesús dice a las mujeres que acudieron a su sepulcro: “¡No temáis! Sé que buscáis a Jesús crucificado” (Mt 28, 6). Quien busca a Jesús crucificado se libera del miedo. En el siglo XX lo testimoniaron los nuevos mártires: los muchos de Rusia (una memoria que inspira respeto hacia los cristianos rusos); en el Este (pensemos en la doliente Albania); en España; bajo el nazismo; en la misión fuera de Europa. La búsqueda de Jesús crucificado les dio a todos una fortaleza humilde frente a las potencias excesivas: una fortaleza débil. La Europa del siglo XX, mientras planificaba la construcción de nuevos órdenes, ha conocido una época de mártires.

Esa búsqueda de Jesús crucificado, vivida por parte de los cristianos, puede inquietar e interrogar a la cultura del miedo, de la dilapidación de la paz, del bienestar, de la libertad. Sabiamente afirmaba Martín Buber: “Comenzar por uno mismo: he ahí lo único que cuenta... el punto de Arquímedes, a partir del cual puedo yo ayudar al mundo es la transformación de mí mismo”. El hombre espiritual comienza por sí mismo, sin por ello renunciar a cambiar el mundo. Es la vía de la conversión. El cambio del mundo comienza por el corazón. Hay que liberar al mundo del mal, de la miseria que se da todavía en la rica Europa –donde parece haberse olvidado la palabra “justicia”–, de la pobreza del Mundo-Sur, de la violencia reinante, de la guerra...

Los hombres y mujeres espirituales no renuncian a ayudar al mundo. No basta el providencialismo económico para garantizar el futuro. Estamos cansados de ideologías; por lo que tampoco basta un cristianismo reducido a ideología. Se necesita una desbordante vida de fe y de amor en esta Europa pobre en visiones de futuro. En su carta a los Corintios, señala el apóstol Pablo la piedra angular de la vida cristiana: “La caridad de Cristo nos urge al considerar que, si uno murió por todos, por consiguiente todos murieron. Cristo murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos” (2 Cor 5, 14-15).

Lo que nos proponemos, y proponemos a Europa, es no vivir ya para sí mismos. La Palabra de Dios fija el ideal que nos interpela a nosotros y a la cultura europea: no vivir ya para sí, sino para el que murió y resucitó por nosotros. Los cristianos deben liberarse del miedo, de la avaricia insaciable –sean cuales fueren sus motivaciones–, que nos hacen vivir para sí, impotentes, cerrados, envueltos en pequeños litigios familiares, sin preocuparnos de quienes, fuera de Europa, no disfrutan de paz y ni de una vida digna. ¿Sabremos provocar la crisis de la cultura y de la praxis de países y comunidades que sólo viven para sí? ¿Sabremos atraer mediante el gozo de ser finalmente auténticos hombres y mujeres? Decía el gran maestro judío Hillel: “Si te ves en la circunstancia de hallarte entre hombres que no son en verdad hombres, esfuérzate por ser hombre”. ¡Esforzarse por ser hombre, por ser humano! Así es cómo se quiebra el *politically correct* del vivir para sí, la Europa-fortaleza, cómo se supera la miopía egoísta de naciones europeas cerradas sobre sí mismas.

¿Qué significa ayudar a Europa a no vivir para sí misma? Significa ser capaces de vencer la tentación nacionalista. En 1968, en los diálogos con el patriarca Athenágoras, Olivier Clément, uno de los grandes cristianos europeos de nuestro tiempo, aludía ya a un incipiente proceso de globalización: “por una parte... el acontecimiento del hombre planetario, en una historia que se convierte en mundial: por otra parte... cada pueblo se agarra a lo que tiene de más original...”. Y el patriarca, padre del ecumenismo del siglo XX, le respondía: “Nosotros, cristianos, debemos situarnos en el cruce de estos dos movimientos para tratar de armonizarlos... Iglesias hermanas, pueblos hermanos: tal debería ser nuestro ejemplo y

nuestro mensaje". No vivir para sí mismos es situarse en ese cruce y hallar el punto de equilibrio pacífico entre la unificación globalizante y el particularismo creciente. Se recuerda a los Estados europeos que no pueden vivir exclusivamente de un futuro nacional: hay un proceso de unificación que debe seguir su marcha. Hay temor a perder algo hoy. Pero mañana se perderán los Estados europeos que se cerrasen sobre sí mismos. Y sin embargo, la unificación europea no puede ser una burocracia o una construcción sin alma, sin pasión.

Cristianos más hermanos (esto es el ecumenismo), deben ser alma de pueblos europeos más unidos. ¡Son tantos los escépticos sobre el ecumenismo! Por distintas razones. Pero la unidad de los cristianos es un mandamiento del Señor. ¿Quién renunciaría al mandamiento del amor por el hecho de que hoy todavía se odien los hombres? Nos necesitamos los unos a los otros. El ecumenismo es intercambio de dones. Como cristiano occidental puedo decir cuanto hemos recibido con la difusión del icono en Occidente y lo que podemos recibir de la liturgia y de la espiritualidad del Oriente. Existe un profundo y misterioso vínculo entre la paz y unidad de los cristianos y la paz y unidad del mundo.

En mis correrías por el mundo, he percibido una pregunta que se le hace a Europa. ¿No es una llamada? La guerra europea, por dos veces en el siglo XX, se convirtió en mundial. La paz europea puede ser contagiosa en el mundo. Hoy, según la mentalidad corriente, se considera la guerra como instrumento para resolver conflictos. Se la acepta como natural compañera de la historia. Unos pocos –pensad en el terrorismo– pueden desatar la guerra y hacer sufrir a muchos. La violencia, dada la difusión de armas, es incluso compañera de la vida en un mundo que, por primera vez en la historia en este 2007, ve cómo la población urbana supera a la campesina. ¡Pero la guerra y la violencia son expresión del mal!

Los cristianos europeos tenemos una responsabilidad sobre la paz en el mundo. Es una misión posible, dados los recursos del continente. Se puede vencer a los demonios de la guerra. Los cristianos cuentan con una fuerza de paz. Lo digo basado en la experiencia de la Comunidad de san Egidio en África (sirva de ejemplo la paz en Mozambique, tras una guerra que causó un millón de muertos). Hoy todos pueden trabajar todos por la paz, no sólo los grandes Estados. ¿No

deberá ser Europa la gran promotora de la paz en el mundo ya que fue, con sus conflictos, el origen de dos guerras mundiales? A nosotros, cristianos, corresponde pedirlo a nuestros gobiernos. Pero a nosotros, igualmente, corresponde dar curso a nuestra capacidad de liberar a los pueblos del mal de la guerra: terrible enfermedad que puede ser curada.

Una Europa que no vive para sí misma no puede olvidar a África. Incluso aunque pueda parecer muy lejos de Rumanía. Peor su futuro está vinculado al de Europa. Hoy África es tierra de sufrimientos, de enfermedades y de violencia; pero también tierra de nuevos expansionismos, como el de China con su propuesta de capitalismo y autoritarismo. Destacados europeos han dicho que Europa y África tienen un destino común: pienso en Albert Schweitzer, teólogo y exegeta, pero también médico, que pasó gran parte de su vida entre enfermos africanos. Hoy nos preocupan los treinta millones de afectados del SIDA, de los que una gran parte no pueden curarse, dado el elevado precio de los medicamentos, mientras que el SIDA es curable en toda Europa. Esto es un vergonzoso desinterés de la Europa que banquetea opíparamente, mientras muere Lázaro ante sus puertas. ¡Muere de enfermedad, de hambre y de sed! Mil millones de personas no tienen acceso al agua potable, lo cual conlleva la muerte anual de un millón ochocientos mil niños por enfermedades gastrointestinales.

La justicia no puede ser ajena a nuestra profecía. Es una palabra cuyo profundo eco bíblico se ha perdido tras tantos usos políticos de la misma. Pero Jesús propone de nuevo en las Bienaventuranzas, con una mirada de amor hacia quienes están sedientos de ella. La justicia debe preocupar a las políticas económicas de nuestros países, donde hay demasiados pobres; debe animar las relaciones económicas entre nosotros y con el mundo, con África. Sí, África debe pensarse conjuntamente con Europa, ella es un banco de prueba de la moralidad de la política internacional.

El gran papa, Pablo VI, escribía hace cuarenta años: “Hay que promover un humanismo planetario”. Y añadía: “El mundo esta enfermo. Y su mal reside, no tanto en la dilapidación de recursos o en su acaparamiento por parte de algunos, cuanto en la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos”. Europa –es nuestra convicción de creyentes– puede

reencontrar su puesto en el mundo trabajando por un humanismo planetario. Debemos, pues, ser audaces, sí, pero igualmente creyentes y hermanos.

El cristianismo occidental tiene una historia de amor por el Sur que es preciso reanimar. El cristianismo oriental - pienso en el ruso hasta el del corazón de Asia- tiene su propia historia hacia el Este y en el Medio Oriente. Las comunidades cristianas, de acuerdo con su historia, pueden audazmente comprometerse en promover la fraternidad entre los pueblos, no sólo de Europa, sino mucho más allá. ¿Por qué no había de poder hoy ser Europa un poderoso promotor de fraternidad entre los pueblos? ¿No tienen los cristianos europeos una responsabilidad para ir por este camino?

De la vida de hombres y mujeres espirituales europeos pueden surgir: un humanismo planetario, iniciativas de paz y solidaridad, una sabia meditación sobre el mundo capaz de mirarlo como casa común de los pueblos y de los hombres. Por otra parte, los cambios climáticos -por todos ya conocidos en sus efectos- muestran como la tierra es una casa común. Esto lo confirma también el drama de la explotación anual de recursos naturales que supera hoy en un 25% la capacidad de regeneración de la tierra. El destino de los pueblos está cada vez más ligado entre todos ellos como casa común: fue la percepción profunda de la visión de los santos Padres.

Desde 1989 el patriarcado ecuménico ha querido que el día primero de septiembre -comienzo del año litúrgico- se convirtiera igualmente en la fiesta de la creación, en la que los cristianos dan voz a la creación que sufre verdaderos dolores de parto. Ese primero de septiembre fue también el día que en 1939 diera comienzo la segunda guerra mundial, con la invasión de Polonia por los nazis y el hundimiento de Europa en el abismo. Llevemos los dolores de la creación, la guerra, madre de tantos sufrimientos y de tanta pobreza, a la oración y a la liturgia. De una Iglesia que escucha la Palabra de Dios, que ora, que reconstruye la unidad rota, nace una mirada nueva sobre el mundo, un sentido de amor responsable que se convierte en misión, que se transforma en no vivir ya para sí. Nace entonces un humanismo que puede hacerse planetario. La Europa de hoy no es lo que fue; pero puede ser mejor de lo que fue en si y para los demás.

Podemos liberar al mundo –a los pueblos y a los hombres– de la esclavitud de la guerra y de la pobreza, del cautiverio de vivir sólo para sí, si abrimos el corazón al Evangelio, si nos unimos a la oración de la Iglesia, si miramos con amor a nuestros hermanos. Enseñaba muy sabiamente san Serafín de Sarov: “Conquista la paz en ti mismo y miles a tu alrededor encontrarán la salvación”. El camino del corazón y el del amor que siembra la paz, que sana y renueva, son el mismo camino, humilde y fuerte: el de un cristianismo y de un pueblo cristiano que aprenden del Señor crucificado a no vivir para sí mismo.

PROF. ANDREA RICCARDI
Comunità di Sant'Egidio

LA VIDA ESPIRITUAL CRISTIANA, VIDA DEL ESPÍRITU EN NOSOTROS*

1. EL CORAZÓN, CENTRO DE LA VIDA ESPIRITUAL CRISTIANA

La vida espiritual tiene su más íntimo centro humano en lo que la Biblia y los Padres han denominado “corazón”. Lugar de la inteligencia y de la memoria, de la voluntad y del deseo, el corazón es el órgano que mejor representa la vida en su interioridad, así como en sus esferas relacionales, a partir de ese aludido centro que hoy tal vez denominaríamos “conciencia”.

La Escritura hace del corazón el órgano de la escucha, y fundamenta, precisamente, la vida espiritual en una antropología de la escucha. En efecto, en el corazón es donde se hace posible acoger la Palabra de Dios a través de una escucha acompañada de interioridad, de perseverancia y hasta de lucha espiritual; en el corazón es donde se acierta a acoger los dones divinos y donde se eleva hasta Dios la respuesta de la oración (cf Gal 4, 6; Ef 5, 19; Col 3, 16) y del amor (cf. Mc 12, 30 y par.) del hombre. En cada ser humano se oculta “un hombre interior” (cf. 1 Pe 3, 4), cuya finalidad es hacernos conscientes y prepararnos incesantemente con miras al desarrollo de esa profunda identidad y a su renovación día tras día (cf. 2 Cor 4, 16)... Pero del corazón brotan, igualmente, los malos

* Traducido del italiano por M. Díez Presa, cmf.

pensamientos (cf. Mt 15, 19-20; Mc 7, 21-23), y ahí es donde se engendra el pecado (cf. Sant 1, 13-15), ya que el corazón es el lugar de lucha espiritual, de “duro combate en toda guerra y toda batalla entre los hombres” (A. Rimbaud).

Así entendido el “corazón”, es evidente que la vida espiritual sea precisamente eso: ¡una vida! Y no es “otra vida”, sino la vida misma del hombre, pero vivida de otra manera. Es la vida humana que, en el proceso evolutivo de sus fases y sus etapas, se abre a la acción del Espíritu Santo y se deja guiar por él. Se trata, pues, de vida, no de simple experiencia sentimental o emocional: es una *praktiké*, como se complacen en repetir los Padres, es decir, una experiencia práctica, una conciencia que tiende a la conformación personal con Cristo Jesús. Y es esta práctica la que proporciona los elementos de la espiritualidad cristiana como *sinergia* entre “la gracia santificante que es el Espíritu Santo” (K. Rahner) y el espíritu –con “e” minúscula– del hombre. Si no imposible, sí es difícil determinar dónde termina la acción del Espíritu de Dios y dónde empieza la del espíritu humano. Espíritu de Dios y espíritu del hombre actúan sinérgicamente en ese llevarlo a éste a una vida de hijo de Dios, es decir, al *télos* de la vida espiritual cristiana: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios” (Rom 8, 16).

No por casualidad ha utilizado la tradición cristiana la expresión “respirar el Espíritu Santo” para designar la participación del hombre en la vida de Dios, en su soplo vital; y ha recurrido a la imagen del ritmo de inspiración y expiración propio de la respiración física. Pero esta recíproca inmanencia entre vida humana y vida en el Espíritu Santo muestra lo esencial que es el conocimiento de sí mismo por parte del cristiano: llamado a conformar la propia vida con Cristo, a “negarse a sí mismo” en el seguimiento de Cristo Jesús, el cristiano solamente puede lograrlo conociéndose a sí mismo y aceptando libremente y por amor hacer de la propia vida un don a los hermanos, actuando en su propia existencia el ejemplo de la existencia de Cristo para con los demás.

2. LA LLAMADA DE DIOS

“Tú, todopoderoso, estás conmigo antes de estar y con-tigo” (*Confesiones* X, 4, 6). El inconfundible estilo de san Agustín expresa lapidariamente la convicción unánime de toda la tradición cristiana. En efecto, en la relación del hombre con Dios, es a la iniciativa de Dios a la que corresponde el primado. La búsqueda del hombre por parte de Dios es anterior a la búsqueda de Dios por parte del hombre. La revelación bíblica es inequívoca sobre este punto. Frente a las teologías antropomórficas del antiguo mundo greco-romano, el judaísmo ha configurado una antropología teomórfica: la imagen de Dios en el mundo lo es solamente el hombre; las imágenes manuales de lo divino son denominadas por lo que son: “ídolos”, tan seductores como inconsistentes.

Para la tradición judeo-cristiana, Dios se revela en la historia, señalando así la historia como ámbito del conocimiento de Dios. Más aún: Dios entra en comunicación con el hombre a través de la palabra, que exige, a su vez, escucha y que apela a una relación. Todo esto significa que la vida del hombre con relación a Dios es esencialmente una respuesta, que implica, por su parte, la responsabilidad de vivirla, no huyendo de los demás, sino en relación o en comunidad con los hombres. La relación con el Dios bíblico no es fusión; es dinámica comunión con Dios mismo y comunión con los seres humanos.

Para los cristianos, pues, el Dios bíblico, a quien “nadie ha visto jamás” (Jn 1, 18), ha sido definitivamente revelado por Jesucristo. El Dios cristiano no es simplemente el Dios de los padres, sino el Dios de Jesucristo; no es la sublimación de los atributos de la paternidad humana, sino el Padre de nuestro Señor Jesucristo (cf. 2 Cor 1, 3; Ef. 1, 3; 1 Pe 1, 3). A través de Cristo Jesús, el Hijo, es como tiene el cristiano acceso al Padre: “Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14, 6). Tiene ello una importancia que afecta al tipo de experiencia de Dios que, dentro del cristianismo, puede el hombre llegar a obtener. No se da una experiencia directa o inmediata de Dios. La “experiencia” espiritual cristiana sólo puede ser experiencia de fe: “Caminamos en fe, no en visión” (2 Cor 5, 7); hablar de experiencia cristiana de Dios no significa evocar formas o modalidades de conocimiento diferentes de la fe o que se sus-traigan al carácter histórico-temporal de la misma.

El Dios cristiano de cuya vida trata de participar el creyente es, además, el Dios trinitario, como comunión en sí mismo: Dios es *koinonía* en su ser; el Espíritu es Espíritu de *koinonía* y decisiva es la *koinonía* para definir al mismo Cristo como persona corporativa. La vida espiritual cristiana queda, pues, encuadrada en un marco comunal o de comunión: comunión con Dios, solamente posible confesando su radical alteridad con relación al hombre, es decir, su santidad; y comunión con los demás hombres, solamente posible asumiendo y respetando también su alteridad.

Se desprende de lo dicho una lógica consecuencia: la vida espiritual cristiana está, sí, relacionada con la vida interior humana; pero la trasciende, y sólo puede ser una respuesta de fe, esperanza y caridad al Dios que llama, que se hace ver en y por Cristo Jesús, que se hace presencia eficaz en y por el Espíritu Santo. La palabra del Padre sobre Jesús en el bautismo del Jordán, recogida por los sinópticos: “Tú eres mi Hijo” (Mc 1, 11 y par.), es también la palabra descendente sobre todo creyente, cuyo itinerario deberá ser el de un hijo de Dios (cf. 1 Jn 3, 1). Lo cual no es fruto del esfuerzo humano, sino obra del Espíritu Santo a quien se abre el creyente: el encuentro entre el hombre y Dios sólo es posible merced a la fuerza y poder del Espíritu Santo, que engendra al hombre a la vida de hijo de Dios.

3. LA RESPUESTA DEL HOMBRE

Iluminado el horizonte de la vida espiritual cristiana, quiero señalar ahora algunas de sus etapas fundamentales. La imagen que a lo largo de los siglos –con sus diferentes acentos o matices– mejor ha definido la vida espiritual es la del camino: se trata de hacer efectivo un itinerario desde la desemejanza hasta la conformidad con Dios, un éxodo que tiene siempre su cumplimiento pascual con la muerte. El hombre que acepta “caminar en el Espíritu” (Gal 5, 16), vivir su vida bajo la égida del Espíritu, debe aceptar vivir la Pascua como un ofrecimiento de sí mismo en holocausto a Dios, para encontrarse así en Dios como hijo y viviendo la misma vida de Dios.

a) *Vocación*

La vocación, como experiencia de sentirse llamados por el Señor, es el acontecimiento prioritario –incluso sorprendente– que define al creyente. Es una experiencia inefable, pero realísima, que tal vez el hombre no acierta a explicar adecuadamente, pero por la que se siente inexorablemente vencido. La llamada del cristiano puede definirse como un acontecimiento *pneumático* que tiene lugar en el cruce entre las radicales instancias evangélicas y un ser humano con su libertad y su verdad personales, entre la soberana palabra de Dios y una concreta criatura, signada con unos determinados límites y dones.

No deja de ser esencial e incesantemente renovable el movimiento de “reentrada en sí mismo”, del “*habitare secum*”. Ser uno mismo, pero sin estar consigo mismo, no es sino obra del diablo como divisor: fraccionar al hombre en sí mismo es algo así como llevarlo a decir y hacer cosas de las que en realidad no es él el sujeto agente. Es el origen de la inconsciencia y la irresponsabilidad. La vida espiritual, por el contrario, trata de centrar al hombre en sí mismo, poniéndole en fundante relación con Dios; y es la que lo lleva a adherirse a la realidad mediante la rehuída de la imaginación, es decir, de la idolatría: sólo sustituyendo la imagen por la realidad puede iniciarse auténticamente, sin ilusiones, sin autoengaños, la vida cristiana.

b) *Conversión*

Todos los profetas han solicitado incesantemente a los creyentes su conversión. El Nuevo Testamento se abre con la apremiante invitación del Bautista y de Jesús: “Convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1, 4. 15; Mt 3, 2; 4, 17). El comienzo de la vida espiritual es, pues, un acto bien concreto: conversión. “No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a la conversión”, dice Jesús (Lc 5, 32).

Toda conversión implica un rechazo de los ídolos y una aceptación del Dios único y vivo (cf. 1 Tes 1, 9). Pero tal acontecimiento viene dispuesto y planificado por el Espíritu Santo, ya que sólo él puede atraer hacia Dios y sólo él puede dar la fuerza necesaria para este retorno o cambio direccio-

nal, como expresión del paso a un nuevo modo de pensar y de actuar. La conversión es una verdadera y radical *metánoia*. Pero no hay que olvidar que, en la vida espiritual, los ídolos a los que se ha renunciado al iniciar el itinerario de fe no dejan de estar todavía presentes. El cristiano descubre que pecado y conversión no son algo de su pasado, como si su presente no fuese ya sino un reinado de la gracia; los ídolos siguen ejerciendo su seducción aun dentro de la vida espiritual e, incluso, surgen nuevos ídolos cuya esclavitud puede hacerse sentir. Pecado, conversión y gracia son coexistentes en el cristiano, cuya vida espiritual es, por tanto, lucha contra tales ídolos, decisión, repudio, adhesión a la voluntad de Dios, presencia eficaz del Espíritu Santo como ‘remisión de todos los pecados’ (Liturgia romana, *tercera feria de Pentecostés*).

c) *Seguimiento*

En esto camino de retorno al Padre nos ha precedido el Señor Jesús. El fue quien nos dio a conocer todo cuanto aprendió del Padre (cf. Jn 15, 15) y quien nos propone seguirle: “Sígueme” (cf. Mt 2, 14; 10, 21 etc.). Esta palabra sigue haciéndose eco en el corazón de muchos cristianos. Se trata, dentro de la vida espiritual, de escuchar esta voz como llamada personalísima y de adherirse a la misma libremente y por amor, así como de recorrer creativamente el camino trazado por Cristo Jesús (cf. 1 Pe 2, 21). La llamada es siempre un evento en el que la palabra personalísima del Señor Jesús pide estar donde él está (cf. Mc 3, 14; Jn 12, 26) y seguirle a “donde él vaya” (Apoc 14, 4).

La vida del cristiano es, pues, “vida escondida con Cristo en Dios” (Col 3, 3), ya que es la vida misma de Jesús, la apropiación de sus pensamientos y sentimientos (cf. Flp 2, 5), un caminar como él caminara (cf. 1 Jn 2, 6), un estar en el mundo entre hermanos “haciendo el bien” (Hch 10, 38). La vida espiritual se convierte así en un vivir la existencia humana como la viviera Jesús, en perfecta obediencia a Dios y en íntima fidelidad a la tierra, es decir, con un amor ilimitado e incondicional.

Tal seguimiento solamente llegará a ser hecho vida en la docilidad al Espíritu Santo, el “inseparable compañero de Cristo” (San Basilio) a lo largo de su vida: el Espíritu es el

principio interiorizador de la presencia misma de Cristo en la vida del creyente, guiándolo al conocimiento de la divina inhabitación en sí y a la conformación con Cristo.

d) *Inhabitación*

Tal es el misterio de la vida espiritual: “Cristo en vosotros, esperanza de la gloria” (Col 1, 27). En el seguimiento no es ya Cristo exterior a nosotros; no es solamente el maestro a quien seguir; no es sólo el precursor (cf. Hbr 6, 20) en el camino hacia el Padre; está en nosotros... Su palabra acogida e impresa en nosotros (cf. Jn 5, 38); su cuerpo y su sangre, por un místico metabolismo convertidos en nuestro cuerpo y nuestra sangre, hacen de nosotros un verdadero templo de Dios.

El cristiano, pues, no es simplemente alguien que trata de hacer la voluntad de Dios, de observar la ley; es, sobre todo, alguien que gradúa su calidad de fe por el reconocimiento de la gracia de Dios en sí mismo. Evidentemente, esta incorporación del cristiano en Cristo y de Cristo en el cristiano es la gran obra del Espíritu Santo, “el otro Paráclito” (Jn 14, 16), que manifiesta cómo la inhabitación divina o la morada del cristiano en Dios, es decir, el *agapé*, el amor, es precisamente fruto del seguimiento.

e) *Divinización*

Henos aquí, finalmente, en la cima de la vida espiritual, tan multiformemente descrita a lo largo de los siglos como experiencia cristiana y definida como entrar en el reino de los cielos, participar de la vida eterna, convertirse en Dios o divinizarse. El Oriente se complace en decir que el *télos* de la vida espiritual es la adquisición del Espíritu Santo o que es la divinización. De Atanasio alejandrino en adelante se repite incesantemente el axioma: “Dios se hizo hombre a fin de que el hombre llegase a ser Dios” (*La Encarnación* 54, 3); y la tradición monástica oriental pone el acento en el hecho de su real posibilidad merced a la adquisición del Espíritu Santo. El cristiano se convierte, pues, en *stauróforo* o portador de la cruz (seguimiento), para llegar a ser *pneumatóforo* o portador del Espíritu (inhabitación), con miras a participar, finalmente,

de la naturaleza divina (divinización). Nos hallamos ante lo inefable y ante lo imposible para el hombre por sus solas fuerzas: la divinización es fruto de la acción del Espíritu Santo, que derrama en nosotros el *agapé*, para convertirnos en el Hijo de Dios, en el Crucificado que perdona a los enemigos y pide la salvación para todos. El sueño de Prometeo o de Adán de ser Dios o deseo inherente al ser humano se hace realidad, no ya como un rapto, sino como un don de Dios y como una participación de la caridad de Dios, ya que él es amor de caridad: “Dios todo en todos” (1 Cor 16, 28), comunión definitiva entre los hombres todos salvados y amor transfigurante de todo el cosmos.

La vida espiritual cristiana ha venido recibiendo, tanto en Oriente como en Occidente, diversas matizaciones. Pero, aunque multiforme, no deja de ser única e idéntica en su esencia y en su origen, como fruto del Espíritu Santo. Idéntica es su finalidad: la salvación mediante el seguimiento de Cristo y merced a la virtud y poder del Espíritu Santo. E idéntica es siempre la voz resonante en el corazón del hombre, esa voz que, en su camino hacia el martirio, sentía Ignacio de Antioquía como agua borbotante que murmuraba en su interior: ‘¡Ven al Padre!’ (A *los Romanos*, 7, 2).

ENZO BIANCHI

Foro 2: *Espiritualidad*

Facilitadores del Foro:
CEC: Bishop IRINEU SLATINEANUL, Rumania,
Rev. Dr. STEPHANIE DIETRICH, Noruega
CCE: Br. Guido Dotti, Italia.

LA VIDA ESPIRITUAL
EN SUS DIFERENTES DIMENSIONES:
ESPERANZA DE RENOVACIÓN
A LA LUZ DE CRISTO*

Por medio de la fe en Dios trino y a través de la encarnación y resurrección de Cristo se nos da un marco espiritual para nuestras vidas como cristianos. En el trabajo del foro, exploramos este marco espiritual más allá de compartir pensamientos y experiencias. A través de conferencias y respuestas, el foro dio una idea de la profundidad cristiana.

La conferencia dada por el Hermano Enzo Bianchi, de Bose, se centró en la respuesta personal a la llamada de Dios a seguir a su Hijo Jesucristo.

* Traducción de la lengua italiana del Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho, UPSA.

La segunda exposición, ofrecida por Hilarion, obispo de Viena, versó sobre la interpretación de la oración de los ortodoxos.

La tercera presentación dada por el Reverendo Dr. Stephanie Dietrich de la Iglesia de Noruega, se centró en la conexión entre la vida en el mundo y la vida espiritual.

Las respuestas fueron dadas por la Hermana Pierrette Guinchard (Grandchamp, Suiza), Hilde Kieboom, St. Egidio, Países Bajos, y el doctor Picu Ocoleanu, de Rumania

El resultado del foro se puede resumir en algunos puntos principales.

1. LA ESPIRITUALIDAD COMO UNIFICADORA DE LOS CRISTIANOS

Los participantes experimentaron que, aunque veníamos de muy diferentes Iglesias cristianas, el centro de nuestra creencia en Cristo, reflejado en la totalidad de nuestras existencias, nos es común y nos reúne.

La espiritualidad abarca la totalidad del ser cristiano. Al llegar a Sibiu de muy diferentes ambientes culturales y confesiones, nuestra manera de dar forma a nuestras vidas como cristianos es, a veces, un poquito diferente. Sin embargo, tenemos muchos elementos comunes, tales como la oración a Dios y el uso de la Sagrada Escritura. En la mayoría de nuestras Iglesias los sacramentos juegan un importante papel en nuestra vida espiritual, ambos individualmente y en comunidad. Estamos de acuerdo en que la importancia de la espiritualidad como lenguaje de fe en nuestras vidas y corazones nos acerca a todos. Nuestra común fe en Jesucristo encarnado y resucitado y en Dios trino se refleja en la manera como vivimos y expresamos nuestra fe. Con mucho gusto encontramos que tenemos mucho en común cuando miramos la manera en como expresamos nuestra fe a través de nuestra vida espiritual.

2. LA VIDA ESPIRITUAL Y LA VIDA EN EL MUNDO

Ser cristianos no sólo es compartir algunos pensamientos y creencias, sino que envuelve toda la existencia, nuestra vida interior y exterior. Hay muchas maneras comunes de

expresarnos así como de vivir como cristianos en Europa. En nuestro foro nos centramos en *las formas comunes de expresar nuestra espiritualidad como cristianos*. Las aportaciones de tradiciones diferentes nos enriquecen y hacen que nuestras tradiciones se acerquen más. Cf. Charta Oecumenica: *Es importante reconocer la riqueza espiritual de las diferentes tradiciones cristianas para aprender unos de los otros, y así recibir los dones de Dios*. La Charta Oecumenica señala: *“El Ecumenismo comienza para los cristianos con el cambio de nuestros corazones y la voluntad de arrepentirnos y cambiar de vida”*. Juntos encontramos que la espiritualidad tiene que ver con la renovación de nuestros corazones y las maneras diferentes de cómo se lleva acabo este cambio.

3. DIOS ACTÚA EN Y A TRAVÉS DE NOSOTROS

“Porque es el Señor quien dijo, ‘dejad que la luz brille en la oscuridad’ quien ha resplandecido en nuestros corazones para dar la luz del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo.” (2 Cor 4, 6). El primer lugar donde la luz del mundo brilla, la luz que es Cristo, es en nuestros corazones. Nuestra vida espiritual como cristianos no es otra cosa que la vida de Cristo en nosotros, nuestra vida interior donde habita el Espíritu que recibimos en nuestro bautismo. Es la misma luz que cada día dirige nuestros pasos en el camino de la conversión, de la *metanoia*, de la transformación de nuestro comportamiento y pensamientos. Es la misma luz que nos llama diariamente al arrepentimiento, al mismo tiempo que nos recuerda nuestra salvación en Cristo que ya se nos ha dado. Nuestra vida interior es el lugar donde tiene resonancia la Palabra de Dios y donde se da el discernimiento de la Voluntad de Dios: en la oración aprendemos a vernos a nosotros mismos, a los demás y al mundo lo mismo que Dios nos ve a nosotros y a ellos. El foro subrayó que la fe en Dios nos la da Dios mismo como un don, al cual respondemos en y a lo largo de nuestra vida espiritual.

4. LA ORACIÓN COMO ELEMENTO NUCLEAR DE VIDA ESPIRITUAL

En la oración, participamos de Cristo. Cristo ora en nosotros, con nosotros y por nosotros, y rezamos a Cristo a

través del Espíritu Santo. El Cristo encarnado y resucitado nos hizo posible orar, nos enseñó a orar y nos capacitó para orar – por medio de su luz que brilla en nosotros. Nuestras diferentes tradiciones enfatizan los aspectos diferentes de esta relación de Cristo con los creyentes y su oración. El foro ayudó a los participantes a explorar, más allá de estas maneras, las formas diferentes de relacionar la propia comprensión de la oración y de la fe en Cristo, y a través de esto enriquecerse mutuamente.

5. ÉNFASIS EN LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA COMO REGRESO A LA VIDA

La situación en nuestras Iglesias, por lo menos en nuestras sociedades y países en Europa, llama a las Iglesias a poner el énfasis en cómo los cristianos vivimos nuestras vidas, como vida espiritual. Las Iglesias nos retaron a poner un nuevo enfoque en la *metanoia* y el arrepentimiento como aspectos importantes de la vida espiritual de los cristianos. Todo cristiano puede contribuir al cuidado de la creación reflexionando aobre nuestro estilo de vida e intentando hacer cambios de ese estilo. Esto es una parte de la vida espiritual cristiana: “volver a la vida”. El cuidar de la creación y un estilo de vida sostenible son parte de nuestra vida espiritual. La pobreza, el racismo y otras cuestiones sociales y políticas son asuntos que deben ser considerados por las Iglesias, no sólo como temas para ser tratados, sino como cuestiones que las Iglesias y sus miembros necesitan tener presentes en sus vidas y testimonio. En este contexto, las Iglesias necesitan enfatizar los aspectos especiales de la identidad y espiritualidad cristiana, confrontando estas realidades, animando a sus miembros a vivir en el espíritu de arrepentimiento y *metanoia*.

6. LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA COMO UNA RESPUESTA A LA BÚSQUEDA ESPIRITUAL DEL PUEBLO

Otro tema importante que se trató durante el foro fue la añoranza espiritual que hoy experimentamos en mucha gente, especialmente en la juventud, pero que no necesariamente encaja en las estructuras tradicionales de la vida de

nuestras Iglesias. Este anhelo espiritual es una parte importante de nuestra identidad como seres humanos. Incluso aunque no siempre es expresado y satisfecho por nuestras estructuras tradicionales ni por nuestra comprensión de lo que significa vivir como cristianos hoy, este deseo no debería ser condenado, sino que las personas deberían encontrar en las Iglesias apertura y deseo de entablar un diálogo mutuo y una actitud de mutuo enriquecimiento.

Mensaje de la Asamblea – Sábado, 8 de septiembre de 2007

¡LA LUZ DE CRISTO ILUMINA A TODOS!*

Nosotros, cristianos peregrinos provenientes de toda Europa y de más allá, testigos del poder transformador de su luz, que es más fuerte que la oscuridad, y proclamándola como esperanza que llena por completo nuestras Iglesias, las de toda Europa y las del mundo entero.

En el nombre de nuestro Dios Trino, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, nos hemos reunido en Sibiu, Rumania (del 4 al 9 de septiembre de 2007). Esta III Asamblea Ecu­mé­ni­ca Europea ha estado especialmente marcada por la riqueza de la espiritualidad y de la tradición ortodoxa. Recordamos y renovamos los serios compromisos hechos en Basilea y Graz, y sentimos que hasta ahora hemos fallado en la realización de algunos de ellos. Sin embargo, nuestra confianza en la energía transformadora de la luz de Cristo es más fuerte que la oscuridad de la resignación, el fatalismo, el miedo y la indiferencia.

Nuestra III Asamblea Ecu­mé­ni­ca Europea empezó en Roma en 2006, y continuó en Wittenberg en 2007. Esta pere-

* Traducción de Gloria Uribe Cifuentes, del Centros ecuménicos “Lux Mundi” (Málaga) y del Dr. F. Rodríguez Garrapucho, UPSA.

grinación ecuménica incluyó muchas reuniones de carácter regional, y las de las Iglesias Ortodoxas en Rodas y de los jóvenes en St. Maurice. Acogemos con alegría el compromiso de los jóvenes y la contribución que han hecho a la Asamblea. Asistidos y motivados por la *Charta Oecumenica*, nuestra Asamblea continuó el trabajo iniciado en asambleas anteriores, y ha sido una ocasión para el intercambio de dones y el enriquecimiento mutuo.

No estamos solos en esta peregrinación. Cristo está con nosotros y, dentro de la nube de testigos (Heb 12, 1), los mártires contemporáneos nos acompañan: el testimonio de su vida y de su muerte nos inspira individual y comunitariamente. En comunión con ellos, nos comprometemos a permitir que la luz del Cristo transfigurado brille a través de nuestro propio testimonio, profundamente enraizado en la oración y el amor. Ésta es nuestra respuesta humilde al sacrificio de sus vidas.

LA LUZ DE CRISTO EN LA IGLESIA

La luz de Cristo nos lleva a vivir para los demás y en comunión el uno con el otro. Nuestro testimonio de esperanza y de unidad para Europa y para el mundo sólo será creíble si continuamos nuestro trayecto hacia la unidad visible. Unidad no es uniformidad. Encontramos un enorme valor en experimentar de nuevo la *koinonía* e intercambiar los dones espirituales que han dinamizado el movimiento ecuménico desde su comienzo.

En Sibiu hemos sentido de nuevo la profunda herida de las divisiones entre nuestras Iglesias. Esto concierne también a nuestro entendimiento de la Iglesia y su unidad. Los distintos desarrollos históricos y culturales del cristianismo de Oriente y Occidente han contribuido a estas diferencias, y su entendimiento requiere nuestra atención urgente y un diálogo permanente.

Estamos convencidos de que la amplia familia cristiana tiene que tratar cuestiones doctrinales y buscar también consensos mayores sobre los valores morales derivados del Evangelio y de un estilo creíble de vida cristiana que sea testimonio alegre de la luz de Cristo en nuestro mundo secular moderno que nos desafía, tanto en la vida privada como en la pública.

Nuestra espiritualidad cristiana es un precioso tesoro: una vez abierto, revela su variedad de riquezas y abre nuestros corazones a la belleza del rostro de Jesús y a la fuerza de la oración. Solamente estando cerca de nuestro Señor Jesucristo podemos estar cerca del otro y experimentar la verdadera *koinonia*. No podemos más que compartir estas riquezas con los hombres y las mujeres que buscan la luz en nuestro continente. Los hombres y mujeres espirituales comienzan con su propia conversión, que les lleva a la transformación del mundo. Nuestro testimonio de la luz de Cristo es un compromiso fiel de escuchar, vivir y compartir nuestras historias de vida y de esperanza que nos han modelado como seguidores de Cristo.

Primera recomendación: recomendamos renovar nuestra misión como creyentes individuales y como Iglesias para proclamar a Cristo como la Luz y el Salvador del mundo.

Segunda recomendación: recomendamos continuar la discusión sobre el mutuo reconocimiento del bautismo, teniendo en cuenta los importantes avances sobre este punto en varios países, y siendo conscientes de que esta cuestión está profundamente ligada a un entendimiento de la eucaristía, el ministerio y la eclesiología en general.

Tercera recomendación: recomendamos buscar formas de experimentar actividades que puedan unirnos: orar por cada uno y por la unidad, peregrinaciones ecuménicas, formación teológica y estudio en común, iniciativas sociales y diaconales, proyectos culturales, y apoyo a una vida social basada en los valores cristianos.

Cuarta recomendación: deseamos una participación plena del pueblo de Dios, y en esta Asamblea en particular destacamos el papel de los jóvenes, los mayores, las minorías étnicas y los discapacitados.

LA LUZ DE CRISTO PARA EUROPA

Consideramos que cada ser humano está creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 27) y merece el mismo grado de respeto y amor; a pesar de las diferencias de creencia, cultura, edad, género u origen étnico, desde el comienzo

de la vida hasta la muerte natural. Siendo conscientes de que nuestras raíces comunes son mucho más profundas que nuestras divisiones, mientras buscamos la renovación, la unidad y el papel de las Iglesias en la sociedad europea actual, debemos enfocar nuestro encuentro con los miembros de otras religiones. Siendo conscientes en particular de nuestra relación única con los judíos como el pueblo de la Alianza, rechazamos todas las formas contemporáneas de antisemitismo y, con ellos, promoveremos Europa como un continente libre de toda forma de violencia. Ha habido períodos en nuestra historia europea de espinosos conflictos, pero ha habido también períodos de coexistencia pacífica entre personas de todas las religiones. En nuestros días no hay alternativa al diálogo: no un diálogo de compromiso, sino un diálogo de vida donde se puede decir la verdad en el amor. Todos nosotros necesitamos aprender más acerca de todas las religiones, y las recomendaciones de la *Charta Oecumenica* deberían ser desarrolladas mucho más. Hacemos una llamada a nuestros hermanos cristianos y a todos aquellos que creen en Dios a respetar el derecho de las personas a la libertad religiosa, y expresamos nuestra solidaridad con las comunidades cristianas que viven en Oriente Medio, en Irak y en cualquier otro lugar del mundo como minorías religiosas y sienten que su misma existencia se encuentra amenazada.

Porque encontramos a Cristo en nuestros hermanos y hermanas necesitados (Mt 25, 44-45), juntos, iluminados por la Luz de Cristo, nosotros los cristianos, de acuerdo con el proyecto bíblico de una humanidad unida (Gn 1, 26-27), nos comprometemos a arrepentirnos del pecado de exclusión, a profundizar nuestro conocimiento del “otro”, a defender la dignidad y los derechos de cada ser humano, y a asegurar la protección de aquellos que la necesitan, compartiendo la luz de Cristo que traen otros a Europa; a llamar la atención de los Estados europeos para frenar la detención administrativa injustificada de migrantes; a hacer todos los esfuerzos para asegurar la inmigración regular, la integración de los migrantes, de los refugiados y de los que buscan asilo; a mantener el valor de la unidad de la familia y a combatir el tráfico de seres humanos y la explotación de las personas traficadas. Hacemos una llamada a las Iglesias para que incrementen su cuidado pastoral de los inmigrantes vulnerables.

Quinta recomendación: recomendamos a nuestras Iglesias que reconozcan que los inmigrantes cristianos no son sólo receptores de atención religiosa, sino que pueden jugar un papel pleno y activo en la vida de la Iglesia y de la sociedad; que ofrezcan un mejor cuidado pastoral para los migrantes, los que buscan asilo y los refugiados; y promuevan los derechos de las minorías étnicas en Europa, particularmente del pueblo gitano.

Muchos de nosotros sentimos gratitud por haber experimentado profundos cambios en Europa en las últimas décadas. Europa es mucho más que la Unión Europea. Como cristianos, compartimos la responsabilidad de modelar Europa como un continente de paz, solidaridad, participación y sostenibilidad. Apreciamos el compromiso de las instituciones europeas, incluyendo la UE, el Consejo de Europa y la OSCE a favor de un diálogo abierto, transparente y regular con las Iglesias de Europa. Altos representantes políticos europeos nos han honrado con su presencia y así han expresado su fuerte interés por nuestro trabajo. Tenemos que afrontar el desafío de aportar fuerza espiritual a este diálogo. Europa inicialmente fue un proyecto político para asegurar la paz y necesita ahora convertirse en una Europa de los pueblos, más que en un espacio económico.

Sexta recomendación: recomendamos desarrollar la *Charta Oecumenica* como una guía estimulante para nuestro trayecto ecuménico en Europa.

LA LUZ DE CRISTO PARA EL MUNDO ENTERO

La Palabra de Dios nos inquieta a nosotros y a nuestra cultura europea: ¡los que viven deberían no vivir más para sí mismos sino para aquel que murió por ellos y resucitó! Los cristianos deben liberarse del miedo y de la insaciable avaricia que nos hace vivir para nosotros mismos, impotentes, estrechos de mente, y cerrados. La Palabra de Dios nos invita a no dilapidar la preciosa herencia de aquellos que en los últimos sesenta años han trabajado por la paz y la unidad en Europa. La paz es un don extraordinario y precioso. Países enteros aspiran a la paz. Pueblos enteros están esperando ser liberados de la violencia y del terror. Nos comprometemos

con urgencia a renovar esfuerzos para alcanzar estos fines. Rechazamos la guerra como instrumento para resolver conflictos, promovemos medios no violentos para la resolución de conflictos, y estamos preocupados por el rearme militar. La violencia y el terrorismo en nombre de la religión son una negación de la religión.

La Luz de Cristo brilla en el término “justicia”, uniéndola a la misericordia divina. Iluminada así escapa a cualquier pretensión ambigua. A lo largo de todo el mundo e incluso en Europa el proceso actual de globalización radical del mercado está profundizando la división social entre ganadores y perdedores, niega el valor de innumerables personas, tiene implicaciones ecológicas catastróficas y, precisamente en vista del cambio climático, no es compatible con un futuro sostenible de nuestro planeta.

Séptima recomendación: urgimos a todos los cristianos europeos a apoyar con fuerza los “Objetivos de desarrollo del milenio” de las Naciones Unidas como un paso práctico urgente hacia el alivio de la pobreza.

Octava recomendación: recomendamos el inicio de un proceso consultivo que incluya la responsabilidad europea para la justicia ecológica, que afronte la amenaza del cambio climático, la responsabilidad europea para la configuración justa de la globalización, los derechos del pueblo gitano y otras minorías étnicas. El proceso debe ser iniciado por el CCEE y la KEK, con las Iglesias en Europa y con las Iglesias de otros continentes.

Hoy más que nunca reconocemos que África, un continente ya entrelazado con nuestra propia historia y futuro, experimenta niveles de pobreza ante los cuales no podemos permanecer indiferentes e inactivos. Las heridas de África han tocado el corazón de nuestra Asamblea.

Novena recomendación: recomendamos iniciativas para la cancelación de la deuda y la promoción del comercio justo.

A través de un diálogo sincero y objetivo, contribuimos y promovemos la creación de una Europa renovada, donde los principios cristianos inalterables y los valores morales, derivados directamente del Evangelio, sirvan como testimonio y promuevan el compromiso activo en la sociedad europea.

Nuestra tarea es promover estos principios y valores, no sólo en la vida privada, sino también en la vida pública. Cooperaremos con personas de otras religiones que compartan nuestra preocupación por crear una Europa de valores que también prospere política y económicamente.

Conscientes de la importancia de la creación de Dios, oramos por una mayor sensibilidad y respeto por su maravillosa diversidad. Trabajamos contra su descarada explotación, de la cual “la creación entera espera su redención” (Rom 8, 22) y nos comprometemos a trabajar por la reconciliación entre la humanidad y la naturaleza.

Décima recomendación: recomendamos que el período del 1 de septiembre al 4 de octubre esté dedicado a la oración en favor de la protección de la Creación y la promoción de estilos de vida sostenibles que inviertan nuestra contribución al cambio climático.

Agradecidos a todos los que han aportado su contribución en este trayecto, particularmente a la *oikumene* joven, que urgió a esta Asamblea a ser valiente en la vivencia del Evangelio, nos unimos en oración:

Oh Cristo, Luz Verdadera que ilumina y santifica a cada ser humano que viene a este mundo, enciende en nosotros la luz de tu presencia; que en ella podamos alcanzar la luz inaccesible, y guíe nuestros senderos por el cumplimiento de tus mandamientos. Sálvanos y guíanos hacia tu Reino eterno. Porque tú eres nuestro Creador, Protector y Dador de todo lo que es bueno. Nuestra esperanza está en ti y a ti te damos gloria, ahora y siempre. Amén.

